

APUNTES

11

20 DE JULIO DE 1933

El nacimiento romántico de una población: Leticia

No ha faltado quien se pregunte, no sin razón, por qué un caserío sobre el Amazonas, en un lugar difícilmente accesible a la emigración, lleva, en vez de un nombre de sonoridad exótica, el encantador y algo desusado de LETICIA.

De ello existe una causa que merece ser conocida.

Sucedió que en 1867 el gobierno del Perú, deseoso de fortificar la unidad nacional hasta los confines más alejados del territorio, encargó al ingeniero don Manuel Charrón que bajara el curso del Alto Amazonas y fundara un puerto. No se le ponían trabas en cuanto a la elección del sitio, pero se le ordenaba que diera a la ciudad futura el nombre célebre del mariscal Ramón Castilla.

Don Manuel Charrón, todo fuego y llama, salió a cumplir esa misión no careciente de peligros. Llegado a Iquitos, se entretuvo ahí demasiado. ¿A causa de los preparativos de la expedición? Tal vez, pero también y sobre todo a causa de los encantos de Miss Smith, hija del vicecónsul de Inglaterra.

No tenía aún veinte años Miss Smith. Delgada y rubia, sus magníficos ojos azules endulzaban una cara perfecta. Esta angelical aparición en el cuadro ardiente del trópico, fue para el joven ingeniero, más que

un motivo de asombro, un delicioso motivo de angustia, signo precursor del amor. El viejo dilema de la tragedia clásica se planteó una vez más, con tanto mayor agudeza que Miss Smith, seducida también por el héroe de rasgos enérgicos que se preparaba para vencer los misterios y los riesgos de la selva, estorbaba en silencio el imperioso deber. Bella pareja romántica, por cierto, a la que una espléndida naturaleza comunicaba su desfile de molicies y de ardores.

Pero Mr. Smith, el cónsul, hombre grave y clarividente, que a las seducciones del clima oponía su Biblia, su buen juicio y sus cabellos grises, juntó un día a los dos muchachos y les habló más o menos como sigue:

—No he dejado de notar la inclinación que va acercándolos a ustedes, de más en más. Por mi parte, suscribo con gusto, porque considero el amor recíproco de dos seres como una orden tácita del Señor.

(No nos paremos a contemplar el gesto de placentera sorpresa de los novios).

—Sin embargo, queridos muchachos—continuó el cónsul—hay que ver las cosas como son, y no como uno quisiera que fuesen. Manuel está en vísperas de cumplir una misión muy importante, que le dará el prestigio que todo joven necesita para su porvenir. ¡Fundar una ciudad! ¡Qué suerte tan admirable! A la vuelta, realizarán ustedes sus deseos y yo haré cuanto pueda por contribuir a su felicidad.

Animado por una acogida tan simple y cordial, y con el deseo de mostrarse digno de ella, don Manuel fijó la fecha del viaje. Había encontrado en la palabra ESPONSALES el sentido de la palabra VALOR. Aquella misión iba a ofrecerle una ocasión propicia de dar la medida entera de su personalidad. Algo del orgullo hereditario se había, además, despertado

en el ingeniero: no ser el joven que la familia acepta por benevolencia o por un «¿qué se ha de hacer?», sino el caballero cuya entrada en escena aporta honor a toda una casa... Hasta la idea de vagas proezas cruzó por su mente.

Hubo prisa de forjar los más bellos ensueños para el futuro. Proyectos ingenuos, juramentos, últimas promesas cambiadas en la sombra del patio, a la hora en que, de la selva cercana, subía cual indecisa amenaza la voz fuerte de la noche tropical...

Después de conmovedores adioses, don Manuel partió. Viaje largo y difícil. Ninguna probabilidad de recibir cartas, porque, en aquel entonces, el correo embrionario no contaba con más seguridad que la benévola e incierta prestada por los colonos y los indios.

La expedición bajó el curso del Amazonas, según lo prescribían las órdenes recibidas, buscando metódicamente el lugar que habría de transmitir a las generaciones futuras, mejor de como pudiera hacerlo un compendio de historia, el nombre del mariscal Ramón Castilla...

La imagen de la novia, realzada, transfigurada por el recuerdo, llenaba los días y las noches de don Manuel, eclipsando con su claridad interior la incomparable naturaleza que lo rodeaba. El viajero arrastró así, a lo largo del río famoso, una alma torturada por el amor.

La flotilla, compuesta de dos o tres malas lanchas, llegó a un lugar por donde habían pasado en otro tiempo algunos misioneros. Era una vieja aglomeración de cabañas medio derruidas y llamada San Antonio. Don Manuel observó el paraje, apreció su situación verdaderamente excepcional sobre el Alto Amazonas, y, sin vacilar más, resolvió detenerse a estudiar cuidadosamente los recursos de la región.

Esa tarde, mientras los hombres se ocupaban en todo lo relativo al campamento instalado sobre la ribera, él permaneció largo rato soñando ante el espectáculo de hadas de la floresta ecuatorial, impregnada del oro del sol poniente. Las aguas brillantes del río acarreaban, junto con las imágenes risueñas de una eterna primavera, lagartos solapados y ramilletes flotantes de verdura. De pronto, su ensueño se proyectó sobre el fondo del paisaje, que iba borrándose ante el avance de la noche. En un ancho espacio desmontado se abrieron calles, se levantaron casas y apareció en lo alto el campanario de una iglesia... Cantos de gallos, gritos de niños, ruidos de yunques, charlas de mujeres, balidos de ovejas... Toda una vida futura delineada, presentida...

Pero esa aldea que acababa de surgir así en la magia del crepúsculo, no era más que una especie de criptograma en que resaltaban poco a poco los rasgos afiligranados de la novia lejana: Leticia Smith.

Al día siguiente, al amanecer, fueron reunidos todos los seres vivientes a diez leguas a la redonda. Luégo, siguiendo los ritos de los antiguos conquistadores que, en esas tierras del Perú, desgranaban ciudades en el curso de sus cabalgadas legendarias, se verificó el acto por el cual, en nombre del gobierno central de Lima, el ingeniero don Manuel Charrón fundaba el puerto de LETICIA...

Algunos meses después, don Manuel emprendió el viaje de retorno, llevando a su novia un regalo de rey: ¡una ciudad!

Llegado a Iquitos, supo que el cónsul Smith había muerto y que su hija se había casado con un compatriota llamado Johnson. La pareja, se decía, había partido inmediatamente para México...

Don Manuel perdió casi el juicio. Pálido y taci-

turno, se le veía a menudo rondar el consulado de Inglaterra, habitado ahora por desconocidos. Cuando el tiempo le devolvió la tranquilidad mental para informar a las autoridades acerca del éxito de su misión, por toda recompensa reclamó el permiso de devolverse. Quería llegar cuanto antes al lejano rincón agreste confidente de sus quimeras.

Han pasado muchos años. Hemos tratado de encontrar las huellas del ingeniero, mas las personas a quienes hemos preguntado se pierden en conjeturas. Ha terminado quizá sus días, allá, en el caserío amazónico hoy tan célebre,—y más fiel que una mujer al recuerdo secreto de un amor.

COSTA DU RELS

(*L'Illustration*, 8 de abril 1933. Trad. E. J. R.)

El llamado "Paraíso soviético"

Cómo es en realidad la vida en el régimen comunista

Por CLEMENTE CRUZADO

UN ENCUENTRO INESPERADO

El encuentro inopinado en plena calle nos causó a los dos una gran sorpresa. Hacía más de cuatro años que no veía a este buen amigo mío búlgaro, inteligente y campechano, cariñoso y desprendido. Muchos años antes hicimos estrecha amistad yendo juntos de correrías por campos africanos, él llevando

a aquellos lugares marroquíes la representación de algunos productos procedentes de la Crimea, en donde su padre poseía granjas avícolas, y yo cargado con mis afanes periodísticos en busca de emociones fuertes, que la guerra proporcionaba entonces. Ahora, nuestro encuentro ha removido muchos recuerdos, envolviéndolos en una dulce tristeza.

Me explica mi amigo su ausencia de España. Recibía malas noticias de su padre y pensó resueltamente marchar a su lado. Ya en Bulgaria se decidió a pasar una temporada en Rusia.

ALLÍ EXISTE UN MISTERIO NO DESCUBIERTO

Desde hace algunos años, la vida rusa en todos los sentidos y modalidades atrae al mundo entero de manera sorprendente. Allí existe un profundo misterio que no acabamos de descubrir, y cuanto más intentamos bucear en él más nos desconcierta. Personas de reconocida solvencia intelectual y moral nos han mostrado pruebas evidentes de haber visitado aquel país, y, sin embargo, al controlar las noticias que sobre determinadas cosas nos han dado unos y otros, hemos comprobado la diferencia de apreciación que existe entre ellos.

Este amigo mío ha permanecido trabajando por espacio de cuatro años en los estados que forman las repúblicas soviéticas, y hay entre él y otros viajeros la gran diferencia de que aquéllos no podían conocer la vida rusa en todas sus manifestaciones tan profundamente como éste.

Además vivió en Rusia durante el tiempo del imperio zarista, lo que hace que pueda establecer agudos contrastes al contemplar un pueblo tan distinto del que conoció hace dieciocho años.

UN PUEBLO ESCLAVO DE SUS DOLORES

Y me contesta así cuando le pregunto por la vida rusa:

—¿La vida rusa? Tal como la concebís aquí en España, no existe. A los españoles, un régimen como el que allí domina les sería insoportable y espantoso. En Rusia no hay vida. Aquel pueblo está condenado por el destino a ser eternamente esclavo de sus propios dolores, y ya hay que perder toda esperanza. Ahora menos que nunca podrá ser Rusia otra cosa que un abigarrado conjunto de seres inconscientes que miran la vida sin ilusión.

Estas palabras de mi amigo me sorprenden. Informaciones fidedignas escritas por viajeros que han vivido temporadas en aquel país han hablado entusiasmadas de la nueva vida que allí se ha iniciado. Por el contrario, otros nos dicen que aquello es el fondo sin luz de una cisterna.

—Ni unos ni otros—responde a mis dudas—tienen verdadera autoridad para escribir nada verídico relacionado con la vida que en la actualidad se realiza en Rusia. La mayor parte de los extranjeros que llegan allá desconocen el idioma, la historia y las costumbres, y esto, que ya es mucho, se agrava con otra circunstancia. Cualquier extranjero que llegue, de la calidad y condición que sea, tan pronto como pisa el territorio ruso pierde su libertad, y, quiera o no, tiene que someterse a las imposiciones del régimen comunista. La historia del mundo no registra un solo caso de dictadura tan férrea y tan bien organizada como lo es la dictadura soviética.

LA ESTATOLATRIA SOVIÉTICA

—¿La dictadura del proletariado?—le digo.

—Eso es una equivocación que a los dirigentes de los distintos sectores obreros les conviene explotar en sus propagandas y para sus fines particulares. En Rusia no existe el proletariado, tal y como aquí se entiende. Allí no hay otra obligación, de grado o por fuerza, que la de trabajar todos para el Estado, con la remuneración que el propio Estado señale, sin que nunca, a nadie, se le permita formular la más ligera queja. El derecho de huelga no es permitido, porque no hay más patrono que el Estado, y éste posee toda la riqueza, toda la propiedad, todo el trabajo, y contra el Estado nadie puede levantarse. Por eso se está dando el caso de que mientras todos los ciudadanos viven cada día más empobrecidos, el Estado lleva camino de ser uno de los más potentes de Europa.

UN PELIGRO EVIDENTE PARA EL MUNDO

—Entonces—pregunto—, ¿Rusia puede constituir algún día un gran peligro para el mundo?

—Indudablemente, para Europa es una amenaza. Y lo es más porque no se toman con tiempo medidas eficaces contra el comunismo. Esto, más tarde o más temprano, va a proporcionar a Rusia un triunfo seguro contra las demás naciones, y éstas se darán cuenta de la influencia que tiene aquel país el día que se produzca—si llega a producirse—una nueva guerra mundial. Porque hoy Rusia tiene tan bien organizada su propaganda, que si los demás pueblos se vieran comprometidos en un grave conflicto armado, una gran parte de los soldados obreros no pelearían

contra Rusia y surgiría, quizá, una revolución social, de la que se aprovecharían los soviets para implantar su imperialismo rojo. Por otro lado, aunque la guerra mundial no llegue a declararse, dada la situación que atraviesan todos los pueblos del mundo, ¿qué porvenir les espera? De este estado se aprovecharán los rusos para provocar situaciones tan críticas que dañen todos los regímenes. No sería un disparate pensar que incluso llegarían a invadir los pueblos de Europa, copiando su ejército lo que hizo Napoleón en el siglo pasado.

UN INMENSO REBAÑO HUMANO

—Y todo esto, ¿para qué?

—Para nada mejor; esta es la verdad. Porque allí no se vive bien, ni siquiera regular, ni puede compararse aquella vida sin alicientes con la que se hace en otras partes. No existe la libertad en ningún sentido, ni el derecho de propiedad en ningún orden. En realidad, nada de lo que signifique vida espiritual se vislumbra allí. No hay ni justicia ni injusticia, ni luchas ni ambiciones, ni esperanzas ni religión. Aquello es como un inmenso rebaño humano al que se le proporciona la comida a cambio de su esfuerzo en favor del Estado. El régimen comunista no concede otras consideraciones a sus ciudadanos. Es la vida puramente material llevada a su máximo desarrollo.

—Pero, ¿la inteligencia, la iniciativa, el amor, las creencias, el arte...?

Me ataja mi amigo con un ademán rotundo:

—Todo está previsto. La inteligencia no pertenece a los individuos, porque éstos tampoco se pertenecen. Allí, un hombre, por muy inteligente que sea, no tiene más mérito ni se le concede más valor que a

otro cualquiera. Se aprovecha su talento para una función del Estado, la que mejor convenga, y de esta manera pasa a ser una ciega rueda de la gran maquinaria.

—¿Y la vida del sentimiento?

—Apenas si se conoce el amor. Las relaciones entre hombres y mujeres se consideran como «una función de necesidad». Pero la existencia es tan materialista y rígida, que lo que aquí entendemos por amor, sus dolores, sus gozos y sus alegrías, en Rusia son una cosa olvidada. Allí la mujer no está considerada como tal sino para los efectos de la concepción. Y ni aun para esto se le concede libertad, porque sólo puede tener los hijos que el Estado asigna a cada matrimonio. Cuando ha llegado a la cifra ordenada se obliga a la mujer a producir el aborto, que está reglamentado y es obligatorio.

LO QUE SE LLAMA «DISCIPLINA CIUDADANA»

Cuando le expreso mi horror por cuanto me dice, mi amigo continúa:

—Pues todo es parecido. Hasta en el régimen alimenticio tienen los ciudadanos rusos que someterse a los mandatos del Estado. A cada familia se le asigna su ración, y con ella tiene que arreglarse. Yo mismo he sufrido varios castigos por esta causa. Como recibía de mi casa comestibles en cantidad abundante, una de las veces que estaba trabajando en la tala de árboles decidí mejorar mi comida en huevos y tocino salado. Los demás obreros se quejaron y se me prohibió llevar otra comida que se diferenciara de la que los demás llevaban. A los pocos días fue registrada la habitación de la casa

donde vivía y me confiscaron las provisiones que tenía.

—¿Y los que están enfermos?

—Se les retira del trabajo y se les lleva a los hospitales y sanatorios. Otras preferencias no existen para nadie. En la actualidad se están construyendo ciudades enormes para que las viviendas puedan ser todas iguales, y en los pisos bajos se instalarán grandes comedores con el fin de que a la hora fijada todos los inquilinos bajen a tomar su comida. En estas casas sólo se permitirá que cada familia disponga de dos alcobas. Los cuartos de baño y aseo estarán aparte. Serán como inmensos cuarteles en donde la vida se deslizará bajo la más estrecha reglamentación. Allí llaman a todo esto la disciplina ciudadana.

(Informaciones, 3 de Abril de 1933.)

Hacia el verdadero conocimiento del Soviet

Por EMILIO SCHREIBER

Estamos en una embajada en Moscú... (El lector comprenderá por qué no le doy mayores datos acerca de cuál de ellas era). Numerosas personalidades del cuerpo diplomático, y hasta algunos comisarios del pueblo, se encuentran reunidos para un five-o'clock. La reunión es tan elegante como podría serlo en la embajada del mismo país en cualquiera otra capital

de Europa. Me presentan a la encantadora esposa de un embajador que vive en Moscú desde hace varios años. Mi graciosa interlocutora me interroga acerca de mis primeras impresiones. Me excuso alegando que he llegado hace muy poco tiempo para haber podido formarme una impresión determinada acerca del vasto problema ruso y le digo a la embajadora que, en cambio, me sentiría muy feliz al recibir su propio juicio.

—Los progresos son maravillosos—me dice—. Además, el pueblo ruso acompaña en masa a sus dirigentes. En nuestros días el 90 % de los habitantes está a favor del comunismo.

Algunos instantes más tarde me presentan al embajador de un gran país europeo. En un rincón, recomenzamos la misma conversación. Y cuando le pregunto a Su Excelencia cuál es la proporción de la población que verdaderamente acepta el régimen, me responde sin vacilar:

—Es muy sencillo. Puedo asegurarle que el 90 % del pueblo es hostil al régimen soviético.

UN OBRERO RUSO

Los hoteles, los trenes, los barcos, los restaurantes de las estaciones, todos los lugares en que se permanece algún tiempo son muy favorables para entablar nuevas relaciones. Una vez libre del cuidado de mis intérpretes y hasta habiendo viajado completamente solo durante unos cuantos días, he aprovechado todas las ocasiones posibles para conversar largamente con rusos o extranjeros que he encontrado.

Aquí estoy, por ejemplo, a bordo de un vapor del Volga....

Mi compañero pregunta, con vivo interés, acerca

de la suerte de los proletarios franceses. Se la pinto como mucho más agradable que la de los obreros rusos. Pero el «camarada» no se fía de mis explicaciones. Me hace preguntas precisas.

—¿Cuántas horas trabaja un obrero francés?

Le respondo que ocho.

—El obrero ruso—me dice—sólo trabaja siete horas. ¿Qué vacaciones pagadas recibe el obrero francés?

—Eso depende de las empresas. Algunas dan vacaciones pagadas, y otras no.

El ruso menea la cabeza.

—Desde el momento en que eso se deja en manos de los empleadores, es lo mismo que si no tuvieran vacaciones. Nosotros los rusos recibimos un minimum de quince días de vacaciones pagadas. Los obreros de choque reciben hasta un mes algunas veces.

En esa primera parte de la conversación comprendo que no he sacado ventaja. Le pregunto a mi vez:

—¿Están Uds. satisfechos de su alimentación? ¿Comen lo suficiente?

El camarada contesta con gran franqueza:

—Nuestro alimento es insuficiente. Si vamos a los restaurantes cooperativos, es demasiado racionada. Si cocinamos en casa, mi mujer o yo nos vemos obligados a hacer delante de las cooperativas largas colas tan cansadoras, que úno termina por renunciar a hacer su propia comida.

—¿Tiene Ud. un buen alojamiento, y está satisfecho de él?

—Habitamos con nuestros dos hijos en una sola pieza, y no es muy cómoda. Pero tenemos la esperanza de que nos llegue el turno de vivir en una de esas magníficas casas para obreros que se ve construir por todas partes.

Concluyo: —En resumen, ¿está Ud. satisfecho del régimen?

—Sí. A pesar de las privaciones, tengo la convicción de que llegará un día en que estaremos mejor alojados y alimentados que los obreros de otros países.

Quedamos en eso, convencidos: él, que el obrero ruso está en mejor situación; yo, que a pesar de las ventajas sociales innegables de que gozan los proletarios rusos (clubs, campos de juegos, casas de reposo, etc.), el obrero francés disfruta de una vida más cómoda y feliz que sus camaradas de la U. R. S. S., pues no conoce sus privaciones morales ni, sobre todo, la restricción moral que desempeña el papel del collar de fuerza del perro de caza, desde el momento en que el ciudadano ruso manifiesta opiniones divergentes de la doctrina oficial.

UN JOVEN MÉDICO RUSO

Una tarde, en Ialta, Crimea; en el boulevard, como en todos los países cálidos, la muchedumbre se pasea, yendo y viniendo hasta que cae la noche. Estoy sentado en un banco, leyendo *L'Humanité*, no por predilección sino porque es el único periódico francés cuya venta se permite en Rusia. Un joven, sin sombrero, bien vestido, con el aspecto de uno de los estudiantes de nuestras Facultades, se acerca a mí y me pregunta en francés:

—Perdone, señor, ¿puede decirme qué hora es?

Visiblemente, el joven trata de entablar conversación. Lo felicito por el perfecto conocimiento de mi idioma y le ruego acompañarme algunos instantes si no está muy apurado. Le pregunto si es ruso, y cuál es su ocupación.

Me responde que nació en Leningrado, que tiene

veintiséis años, y que hace dos terminó sus estudios de medicina.

—¿Cómo es que Ud. habla tan bien el francés, algo tan raro en la generación joven de este país?

—Se debe a que mis padres vivieron durante largo tiempo en Francia y que siempre hemos hablado francés en casa. Mi padre es profesor de química en una de nuestras grandes universidades. Ya lo era antes de la revolución. Como muchos otros, aceptó el sovietismo y le conservaron porque tenían necesidad de él.

—¿Quiere decir, entonces, que Ud. nunca ha conocido otra cosa que el Soviet?

—Tenía doce años cuando se produjo la revolución.

—¿Está Ud. de acuerdo con el régimen?

—Detesto este régimen que nos explota en forma vergonzosa.

—Sin embargo, Ud. no parece desgraciado y va bien vestido.

—Es gracias a las entradas relativamente elevadas de mi padre; pero yo, como muchos médicos, no recibo más que un sueldo de hambre: 90 rublos al mes, la mitad de lo que percibe cualquier obrero calificado. Si no fuera por el suplemento que me da mi padre me sería imposible alimentarme.

—Pero, en resumen, Ud. es célibe y puede vivir con poco.

—Soy soltero, es cierto, y parezco estar condenado a serlo toda mi vida, porque nosotros los médicos somos enviados, como los militares, de un extremo al otro del país, según las necesidades del momento y sin tener derecho a protestar. Ya he pasado un año en una pequeña aldea de Siberia y otro en una Kolkhose del Ural, en lugares en que no se puede

hablar con ninguna persona instruida. No sé dónde me enviará mañana el Gobierno, y estoy decidido a no compartir con una mujer una existencia tan movida y miserable.

—Sin embargo, ¿no debe Ud. su instrucción al Soviet?

—Se la debo a mi padre, que me ha enseñado poco a poco todo lo que sé. De otro modo, sería un ignorante, como todos los médicos nuevos rusos. ¿Sabe Ud. cómo se hacen entre nosotros los médicos, arquitectos o ingenieros? Se decreta que cierto número de jóvenes seguirán durante tres o cuatro años, cursos determinados. La mayor parte de los elegidos tiene una cultura tan rudimentaria que son incapaces de asimilar los cursos. El gobierno, que tiene necesidad de formar cada año un gran número de profesionales, no tiene valor, al fin del año, para instituir exámenes. Los diplomas son otorgados, no de acuerdo con los conocimientos adquiridos, sino tomando en cuenta la asistencia a los cursos. Y tienen buen cuidado de no someter a los futuros diplomados a un examen preliminar, porque se verían obligados a rechazar a nueve de cada diez.

—¿Hay muchos jóvenes que como Ud. son hostiles al régimen?

—Todos los que son verdaderamente intelectuales.

(De *El Mercurio*, Santiago de Chile, 9 de abril de 1933).

De don Alberto Brenes Córdoba

El teje y desteje legislativo

....Este teje y desteje legislativo no es lo que más conviene a la vida normal de un país, porque surge la desconfianza, el temor, y el capital se oculta cada vez más, y todas las empresas se paralizan por el miedo al frecuente cambio de disposiciones legales. La experiencia me dice que lo mejor para resolver problemas de carácter económico, públicos o privados, es no contemplar con preferencia el hoy, sino mirar hacia el futuro con ojo clarividente y con la mayor previsión posible. Lo pasado está, el presente dentro de poco también irá lejos y se habrá despedido de nosotros para siempre. Pero el futuro es lo que tenemos que contemplar para no aumentar las dificultades y para evitar crisis mayores, como las que traen aparejadas todas aquellas leyes oportunistas que no tienen más base que la buena intención y la buena voluntad, pero que no han descornado el velo de lo que puede pasar con ellas cuando el momento actual haya desaparecido.

(Palabras que tomamos de una entrevista referida por *La Prensa Libre* del 26 de junio de 1933).

En España

De una conversación con el Dr. Castro Cervantes, publicada por el *Diario de Costa Rica* (16 de junio), tomamos las siguientes palabras:

Saturada de conventos, de abadías, de seminarios y de frailes identificados, en mayoría, con la monarquía y la aristocracia, pudo haber sido España teatro de luchas fratricidas y hecatombes.

Los desmanes de la democracia triunfante han sido pocos, sin embargo. Y el Gobierno, atento al resguardo del orden puesto en peligro cada día por problemas sociales tanto como políticos, entra resueltamente en la vía del progreso y emprende reformas de gran trascendencia en varios ramos de la administración.

La ley que define el estatuto religioso de las congregaciones religiosas, tan numerosas en España y adversas desde luego al nuevo régimen, es algo que llama mucho la atención. Asegura la libertad de conciencia, la de todos los cultos dentro de los templos, y, con autorización, también fuera de ellos. Garantiza al clérigo y al fraile su derecho de enseñar individualmente, excluyendo en su actuación toda actividad política, y fija las condiciones a las congregaciones y órdenes religiosas, en que pueden adquirir y administrar bienes.

Para evitar o restringir el peligro de un numeroso proletariado intelectual, se someterá a las Cortes una ley, inspirada en un proyecto de Alemania, para restringir el número de alumnos que hayan de ingresar en la universidad, con el objeto de que la expansión profesional tenga un límite y no derive de la riqueza, sino de las condiciones intelectuales de los individuos. Es decir, que dándonos el ejemplo a los americanos, ya el Poder Docente de la República Española orienta por nuevos rumbos la educación profesional, optando por la calidad en vez del número, que es el criterio todavía imperante aquende el Atlántico.

No temen, pues, los políticos directores de España, adoptar una medida llamada de seguro antidemocrática por los demagogos de todas partes, cual es reservar la educación superior para una *élite*, convencidos de que en todas partes los sistemas actuales sólo sirven para vestir con el ropaje de un barniz de cultura la masa de las medianías, que aumentará la masa creciente de los descontentos listos a subvertir el orden social por inconformidad con su suerte.

De "La Hora"

(9 de mayo de 1933).

Visitámos a don Elías Jiménez esta mañana. Dos palabras con el maestro. Dos palabras que reproducimos.

—¿Y qué me dice de la emisión de billetes que se nos viene encima?

—¿Qué he de decirle y para qué? ¡Que Jeremías se eche a llorar! Todo el mundo sabe a qué puerto conduce ese camino. Todos sabemos que una emisión sin respaldo equivale a una nueva deuda del Estado, que han de pagar los contribuyentes.

—Los contribuyentes, y todos somos contribuyentes.

—¡Error! No hay más contribuyentes que los trabajadores. Hablo de los trabajadores con sus brazos o con sus cerebros.

—La mayoría de los ciudadanos. No veo entonces el mal de una contribución que cae sobre la mayoría.

—El mal está en que no cae por parejo o equi-

tativamente. Al contrario, pesa despiadadamente sobre los comerciantes y sobre todas las personas que viven de un sueldo o salario; pesa levemente sobre los agricultores propietarios que hayan conducido bien sus negocios, y, finalmente, se invierte y se transforma en beneficio neto o ayuda para los propietarios de tierra que estén a la vez cargados de deudas.

Consideradas como un impuesto indirecto, las emisiones constituyen uno de los impuestos más injustos y desmoralizadores. Tras un fogonazo de holgura fugaz, las emisiones hieren siempre hondamente a un país. Todo lo que desorienta y desalienta al trabajador inteligente, estudioso y previsor, significa, en fin de cuentas, ruina económica.

Del "Diario de Costa Rica"

(13 de mayo de 1933).

Antes de que entrara el verano le hicimos a don Elías Jiménez Rojas una mala jugada. Purgada quedó, en parte, la mala jugada con privarnos durante varios meses de hablar con el distinguido pensador. Ayer, al medio día, visitámos a don Elías. Esperábamos no verle, y nos recibió. Nuestra curiosidad iba encarrilada hacia el tema del momento: El Congreso Iberoamericano de Estudiantes. El Congreso tenía que interesar a don Elías. A pesar de su vida, a pesar de los años y a pesar de su cultura, don Elías sigue siendo un estudiante, porque estudia día a día. El Congreso es de sus colegas. La diferencia está no en la palabra que cobija a todos, sino en la amplia preparación del

maestro que, siendo estudiante, es maestro; rara paradoja, o mejor dicho quizá, la única paradoja que existe en este país donde las paradojas se hacen en otros campos y son de otra índole.

—He seguido la marcha del Congreso, a trechos, y no muy de cerca, porque me han tocado días de un trabajo abrumador: el negocio y las congojas que se nos vienen encima. No es por indiferencia, sino por ocupación. Estimo y me interesa el movimiento, pero no he podido seguirlo como hubiera deseado.

Me he enterado de que mucha gente asiste a las discusiones de las comisiones, en las cuales se han hecho ponencias de diversa índole. En este fenómeno está lo bueno del Congreso: ha despertado interés y ha hecho pensar a la gente.

—En este país donde nada despierta interés— agrega el repórter. ¿Y resultado práctico?

Don Elías sonríe.

—Indudablemente que el resultado del Congreso está en esa inquietud que ha puesto en el ambiente, haciendo que la gente vuelva su atención hacia los problemas. Si Ud. me pregunta el resultado práctico inmediato, no podría contestarle con firmeza. Se han visto tantos Congresos, tantas Asociaciones, tantos discursos sin resultado inmediato y tangible, que es muy difícil esperar de éste lo que no se obtuvo de otros.

—Y Ud., don Elías, que ha luchado por su ideal universitario, ¿cree que la política debe intervenir en la Universidad?

—No.

La contestación ha salido espontánea, rápida. Don Elías no ha tenido que pensar. Este punto es parte de una de sus doctrinas.

—No. La Universidad no debe vivir los problemas

políticos. Le advierto que no miro la política con un gran pesimismo. Creo que hay figuras políticas que merecen todo respeto.

—¿Se refiere Ud. a la política de América?

—Me refiero a políticos de otros países, que han sabido mirar hacia adelante, sacrificarse, mantener su ideal con todo el vigor de sus años. Yo creo en la sinceridad de Poincaré, por ejemplo. De manera que existen algunos políticos entre los vivos y muchos entre los que ya murieron, que encarnan el verdadero tipo del estadista.

Cortamos el tema para saltar sobre la emisión, que había nombrado don Elías al comenzar su charla.

—No es Ud. emisionista?

—No. La emisión representa una deuda, una rebaja en el salario del que trabaja, y la deuda ya se sabe quién la paga siempre.

—Pero se espera, don Elías, que los salarios suban proporcionalmente de acuerdo con la valorización de los productos.

—No se ha dado un caso en la historia en que ocurra ese hecho.

—Pero desde luego habrá un alivio, un mayor movimiento en el comercio.

—Un alivio momentáneo.

—Pero la política inflacionista es la de Roosevelt, que está salvando a Estados Unidos.

—Es que hay muchos que piensan que Roosevelt con su política inflacionista no está salvando a su país. Yo no creo en Roosevelt.

La conversación con don Elías se extiende por diversos temas. La charla se generaliza, salta de un motivo al otro sin terminarse nunca. El repórter insinúa y escucha luego. Si diéramos gusto a nuestro deseo, nos quedaríamos charlando. Es preciso cortar,

y estrechar la mano del maestro, cuyas ideas son siempre las más acertadas, las que nos hacen inclinarnos poco a poco hasta caer en ellas y considerarlas como propias.

J. M. C.

Protesta de los Estudiantes de Farmacia

En la Asamblea de Estudiantes Iberoamericanos celebrada el domingo en el Teatro Nacional, el señor Fernando Mora, uno de los delegados de los Estudiantes de Derecho, asumió arbitrariamente la representación de todos los Estudiantes de Costa Rica e hizo el elogio de lo que él llama Comunismo, con el aplauso y el acompañamiento coral de una «claque» sin carácter escolar.

Como Estudiantes de Farmacia que somos, protestamos contra el abuso del señor Mora. No somos comunistas. Nuestras aspiraciones sociales están ya plasmadas por la índole misma de las ciencias que cultivamos y nuestra admiración se va entera hacia las robustas y fecundas individualidades de los Priestley, de los Lavoisier, de los Scheele, de los Darwin.

Dictaduras, no aceptamos ninguna, y, menos que todas, la dictadura de los ignorantes.

Si hemos de actuar fuera de los laboratorios, queremos hacerlo con el espíritu de aquel oscuro boticario que se convirtió más tarde en Ibsen el dramaturgo: desde ahora comprendemos, como él, que los demagogos son los más grandes enemigos del pueblo.

Asociación de Estudiantes de Farmacia

10 de mayo de 1933.

De "La República"

(18 de mayo de 1933).

—Venía a hacerle una pregunta, pero, se lo confieso, me intimida su aspecto de hoy. ¡Cualquiera le habla a una persona que parece presa de sus propios pensamientos!

—¿Qué llamará Ud. propios pensamientos? En este momento estoy embobado por los telegramas que se publican. Estoy haciendo la penosa digestión de tanta noticia alarmante.

—¿Y qué va quedando?

—La impresión de que la gangrena socialista que sufrimos desde hace unos cuarenta años, nos tiene reservados muy malos ratos. Es evidente que en ningún país del globo se mantiene hoy entre los poderes del Estado el conveniente equilibrio. De 1892 para acá, ha venido borrándose en todas partes la separación de los poderes. En donde no ejerce la dictadura el poder ejecutivo, la ejerce el legislativo, sin que sea fácil decir cuál es la peor. Lo que sí puede afirmarse es que la dictadura de las cámaras legislativas resulta siempre más ruinosa desde el punto de vista económico.

—Que es el más importante.

—Éso, no! Los problemas esenciales son los problemas morales. No caiga Ud. también en el socialismo.

—Yo no quiero caer en nada.

—(El repórter, que tiene a su vez ideas, como cualquier hijo de vecino, iba a decir algo, pero don Elías Jiménez no le dió tiempo y continuó en tono dogmático, tono que no sienta muy mal a las personas de edad. La vejez tiene sus derechos).

—En el interior, la agonía bajo los mil y uno formulismos y las mil y una contribuciones; la amenaza de la guerra en el exterior; ésta es la obra de los socialistas, triunfantes resueltamente en los dos últimos años. Un hombre muy talentoso, pero sin clarividencia para los problemas internacionales—Mussolini—y un hombre de capacidades medianas, pero muy osado—Mc Donald—, tienen a Europa al borde de la guerra.

—Pensaba yo que otro era el gran culpable.

—Ese nombre que Ud. tiene en los labios es de tercera importancia, lo cual no quita que pueda hacer el primer papel en algún momento de la tragedia. Los hombres violentos son peligrosos, pero nunca son verdaderamente fuertes. Italia, Inglaterra, Estados Unidos, tienen la culpa de que el golpe de Estado alemán, de 31 de enero, se haya convertido en una amenaza para la paz. Si esas naciones, principalmente Inglaterra y Estados Unidos, reconocen sus errores respecto a Francia, podemos seguir tranquilos: no habrá guerra.

Permítame ahora que ceda la palabra a Guillermo Ferrero. Aquí tiene Ud. un fragmento de uno de sus magníficos artículos (*L'Illustration*, 22 de abril). «Para todos los pueblos, lo más práctico por hoy, es comprender por qué Europa ha llegado a su actual situación y preguntarse qué papel debe desempeñar cada uno en el drama de la anarquía europea desencadenada por la guerra de 1914 y que va a entrar en su fase decisiva. El papel de Francia y de Inglaterra me parece claro: representar el orden del pasado, los principios del gobierno parlamentario, la libertad. No hay que asustarse de esta palabra: el pasado. Los papeles se han cambiado: después de 1789, Francia representó el principio revolucionario,

en tanto que Alemania y Rusia representaban el principio conservador, el pasado, el antiguo régimen. Hoy se produce lo contrario.

Las monarquías que, a partir de 1789, representaron el espíritu antirrevolucionario, no han tenido que dolerse de ello, a pesar de todos los errores que cometieron. Un siglo de prestigio y de potencia ha sido la recompensa de su esfuerzo. Y sin embargo, defendían ellas un principio moribundo—el principio de la autoridad indiscutida e indiscutible—contra un principio superior destinado a renovar el globo: el derecho de oposición. En medio de los extravíos y de las exageraciones a que nos llevaba la Revolución Francesa, esas naciones conservadoras han representado ciertas ideas simples y necesarias: el equilibrio de Europa, la legitimidad del Estado, la paz, una concepción más humana que la de Napoleón de lo que es la fuerza y de sus límites. Este mérito bastó para asegurarles un siglo de prestigio y de potencia, a pesar de que defendían una tradición muriente.

Los pueblos que defenderán los principios políticos del siglo XIX—la libertad, el derecho de oposición, el parlamentarismo—contra la ola delirante que vemos desaferrar al mundo, se encontrarán en una situación mucho más ventajosa. No tendrán enfrente un movimiento como la Revolución Francesa, que, no obstante sus errores y sus excesos, salía de una preparación secular y procuraba dar satisfacción a necesidades profundas. Tendrán que rechazar o contener movimientos contradictorios y desordenados que no son más que improvisaciones de la desesperación y que, con la ilusión de hacer una revolución más grande, retornan a la parte muerta del pasado. No tendrán que defender viejas tradiciones moribundas, sino una de las más nobles conquistas del espíritu

humano, la obra maestra del siglo pasado. Se dice que la era de la libertad se acabó... ¡Está apenas comenzando! En el siglo XIX no hemos visto más que los primeros fulgores de su aurora.

Para el Occidente que quiere vivir libre, la revolución de Alemania es una gran pérdida. Es una gran desgracia que el mundo germánico, en vez de defender los tesoros más preciosos del siglo XIX, que él contribuyó a acumular, se haya puesto junto a los pueblos que desean saquear esos tesoros y dispersarlos en nombre de una confusa revolución que nadie podría definir.

Pero, aun sin el mundo germánico, esos tesoros serán salvados. Los pueblos que los defienden tienen todo: fuerza, riqueza, cultura, gobiernos legítimos que están al servicio de una concepción humana de la vida; cultura, sobre todo, que es la superioridad decisiva, más importante que la superioridad de la fuerza y de la riqueza».

La Inflación

(De "La Tribuna", de 14 de mayo)

Fragmento

El estudio que a continuación se reproduce, cobra en estos momentos de desorientación e insospechada gravedad económica, enorme actualidad, no sólo por el valor intrínseco del mismo, producto de una de las mentalidades más destacadas de Francia de la post-Guerra, en asuntos económicos y financieros sino también porque trata en lenguaje sencillo.



claro uno de los problemas más trascendentales que se debaten hoy día en todos los países: LA INFLACIÓN.

Frederic Jenny, redactor financiero del diario *Le Temps* de París, intelectual de altos prestigios, consagrado como uno de los financistas franceses de más valía de la hora presente, hace un estudio de la INFLACIÓN del CRÉDITO y de la MONEDA, conforme al sentido moderno del término «inflación»; estudio que bien puede servir de guía a todas aquellas personas que por su posición y responsabilidad en el manejo y resolución de los problemas de la moneda y del crédito, tienen obligación de profundizarlos.

La inflación está hoy más que nunca a la orden del día. El número de los que ponen en ella todas sus esperanzas de restauración económica, aumenta no sólo en América sino también en Europa, a medida que la crisis se prolonga. Acogen con entusiasmo la sugestión británica sobre una conferencia económica mundial, porque precisamente creen que esa conferencia propondrá a las distintas naciones el emplear bajo una u otra forma ese «remedio» maravilloso. Ya es necesario prevenirse contra las ilusiones en que se funda su concepción de la restauración económica y contra los peligros que llevaría consigo el referido sistema.

Ante todo, ¿cuál es para ellos el sentido del término *Inflación*? Para aclarar sus ideas no ha de ser quizá superfluo recordar algunas nociones elementales.

La palabra latina *Inflatio* significa hinchazón o distensión. Luego se trata de un aumento de volumen, pero de un aumento anormal. Este es el sentido con que el término ha sido introducido en el vocabulario de la técnica financiera. Al principio fue empleado para designar el aumento exagerado y abusivo de

una circulación de papel moneda inconvertible: esta es la inflación fiduciaria propiamente dicha.

Después, la misma palabra ha sido aplicada para designar otros fenómenos, de modo particular la expansión del crédito creado por los institutos de emisión. En estos casos se trata entonces de una inflación del crédito, la cual puede desarrollarse sobre una base monetaria sana, con una moneda convertible en oro. El ejemplo típico en este caso es la inflación puesta en práctica en grande escala por los Bancos Federados Americanos desde el principio del mes de abril próximo pasado.

Un tal aumento de créditos, realizable sobre el conjunto de los grandes centros financieros, es lo que preconizan hoy día los que ven en la inflación el remedio para la depresión mundial. Nadie se atreve a ser partidario de la inflación fiduciaria pura y simple, después de las desastrosas consecuencias que tuvo para varias naciones, particularmente para Alemania y la mayor parte de los países de Europa Central y Oriental, hasta para Francia durante los años que precedieron al restablecimiento de 1926. Sin embargo, reina confusión en cuanto a los efectos de esas dos clases de inflación: el que afirma que no se debería recurrir más que a la segunda desea en realidad los resultados de la primera.

Estos resultados los conocemos. Consisten esencialmente en el alza de los precios. Alza que refleja la depreciación del papel moneda emitido en cantidad excesiva.

Algunas veces el alza de los precios es determinada directamente por la inflación cuando ésta proviene de un déficit de presupuesto colmado por empréstitos concedidos por el Banco de emisión.

Pero, a medida que este abuso se prolongue, el

alza de los precios, arrastrando la de los salarios, es causada, además, por el alza de los cambios extranjeros, debido a la repercusión psicológica que se deriva de la simple constatación del aumento progresivo de la circulación, alza cuya extensión ningún desplazamiento de oro puede limitar, ya que una moneda sometida a un tal régimen es por definición inconvertible. El nivel de los precios interiores sufre entonces la influencia del encarecimiento de los productos importados y comprados con una divisa cada vez más depreciada en el extranjero.

Por último, el alza se precipita porque los poseedores del papel moneda, asustados por su continua depreciación, se apresuran a cambiarlo, sea por divisas extranjeras, sea por mercaderías u otros valores «reales»: el público «huye ante la moneda».

De este modo el ritmo del alza de los productos se hace pronto más acelerado que el aumento de la circulación: como consecuencia, los gastos del Estado crecen considerablemente y las necesidades de signos monetarios aumentan, de modo que el encarecimiento de los precios conduce a su vez a una aceleración de la inflación. Es el círculo infernal, en el cual se han abismado en el curso del período de post-Guerra las divisas de numerosas naciones, y que Francia sólo ha podido romper hace seis años al precio de un esfuerzo heroico.

Variedades

Un «lector de la prensa nacional» me reprocha como una inconsecuencia el elogio que dirigí un día a don Abelardo Bonilla, redactor del *Diario de Costa Rica*. Sírvase notar dicho lector que en aquel momento el señor Bonilla parecía ser un comentarista estudioso, moderado, y sin decidida filiación social. Ciertamente, era fácil prever los extremos en que había de caer a poco andar y la despreocupación con que había de ponerse a hacer pronto lo que él censuraba en los demás con el nombre de *retórica*; pero mi elogio se refería al pasado, no al porvenir.

Hago constar además que yo he dejado de leer al señor Bonilla desde hace dos meses.

*
* *

Son muchos los llamados y pocos los escogidos. Esta es la expresión religiosa de lo que los naturalistas llaman la ley de la supervivencia de los más aptos.

Ama a tu prójimo como te amas a tí mismo. Esta es la expresión religiosa de la ley de solidaridad entre seres y cosas. Quien se ama a sí mismo con inteligencia, comprende que su interés coincide geoméricamente con el interés de los demás. Y, recíprocamente, cuando una colectividad organiza con acierto su pensamiento, comprende al punto que su interés primordial es ante todo el interés de cada uno de los individuos que la componen.

Todas las religiones, todas las filosofías, todas las doctrinas de alta generalización, consagran, sin que

sus adeptos se den siempre cuenta de ello, los dos principios máximos de la biología: el de la selección natural y el de la solidaridad.

*
**

Quando en Costa Rica consumó el Estado el monopolio de la enseñanza, quedaron fuera de las aulas los viejos maestros, los más distinguidos, pero pronto se sintió una llamarada de entusiasmo en todo el país: se multiplicaron las escuelas, entraron en altas funciones los jóvenes más capacitados, hijos del antiguo régimen, se mejoraron los edificios, los muebles y aun los métodos. Todo, pues, pareció un buen golpe dado a los liberales defensores de la Universidad. Estamos a 40 años de distancia de esa brillante revolución, que comenzó por un cambio de palabras, importantísimo, pese a quienes se burlan de las palabras: en vez de instrucción, se dijo educación. (Instrucción fue al comienzo; antiguamente, un término de marina: construcción dentro de la nave; aparejamiento de la embarcación para poder navegar). En los círculos de las personas entendidas en materia de escuelas, ¿cuántas dan hoy la razón a los viejos liberales? ¿Cuántas son las que piden el restablecimiento de la Universidad? Y en los círculos filosóficos, ¿hacia dónde se dirigen los pensadores más fuertes, hacia la instrucción o hacia la educación? ¿Hay quien crea ya de veras en los prodigios de la educación?

Volvemos hacia el viejo principio: para mejorar la sociedad hay que mejorar a los individuos; y para mejorar a los individuos, lo único que podemos hacer es instruirlos. Hay males evitables y hay males inevitables. Los evitables son todos, absolutamente todos, producto de la ignorancia.

Los errores del estatismo no se revelan palpable e indiscutiblemente sino al cabo de medio siglo, cuando se trata de asuntos tan delicados como los de la enseñanza. En otros órdenes de cosas se descubren al cabo de 10 ó 20 años. Y en otros, al cabo de 10 ó 20 semanas, o días.

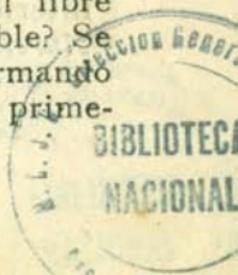
*
**

Hablo de los Estados Unidos. El ejército de los sin trabajo no llega, en número, a un cuarto de la masa ocupada, y está constituido por dos grupos de ciudadanos: 1.º El grupo de los que nunca han trabajado ni trabajarán. 2.º El grupo de los elementos menos capacitados de las diversas profesiones y oficios.

Pues bien, en nombre del colectivismo, se está legislando en favor de los menos, en número y en calidad, a expensas de los más. ¡Qué colectivismo! Se quiere proceder como si los hombres pudieran entrecambiarse cual fichas iguales de un tablero. Prescindiendo de las condiciones de honradez probada, de aptitud y de especialización, se cree que sin perjuicio nacional se puede hacer que los empleados de las fábricas, talleres, laboratorios, etc., trabajen sólo la mitad del tiempo normal a fin de que la otra mitad la hagan por una especie de sorteo los reclutas del ejército de los sin trabajo.

El colectivismo ha sacrificado siempre la calidad al número; si continúa ahora sacrificando la calidad y el número a la vez ante su prurito de gobernar, sólo por sentirse vivo, ¿qué rótulo habrá de ponerse?

Entre esta manía de legislar a tontas y la abstención de quien se atiene con optimismo al libre juego de las leyes naturales, ¿qué es preferible? Se habla del *laissez faire*, sin comprensión, deformando y calumniando la idea de los economistas que prime-



ramente se sirvieron de esos términos; y bien, aun así, ¿qué escoge el lector, entre el desbarate o des-gobierno y el *laissez faire*?

*
**

Para candor, el de los partidarios del certificado prenupcial. ¿Ignoran ellos, en serio, lo que valen los certificados médicos? ¿Creen de veras que la suerte de un matrimonio depende sólo del primer día de bodas? Lógicamente deberían exigir a los esposos un certificado dos veces al día, mañana y tarde.

*
**

Se habla de organizar en mejor forma el Colegio de Farmacéuticos. ¡Sea en hora buena! Hay que hacer una Facultad de Farmacia a la europea: que sea todo lo que debe ser, pero nada más de lo que debe ser. El farmacéutico debe estudiar física, química, fisiología, para ser farmacéutico, no para ser físico ni químico ni fisiólogo. Una cosa es una Facultad de Farmacia y otra cosa muy distinta es una Facultad de Ciencias.

En una escuela de comercio se estudia matemáticas, lenguas, geografía, para ser tenedor de libros o perito mercantil, no para ser matemático ni lingüista ni geógrafo.

*
**

El hombre debe forjarse y sostenerse desde su interior; de otra manera, el templo caerá.—*Marco Aurelio*.

*
**

Ainsi tu t'en iras un jour de moi, jeunesse.
 Tu t'en iras tenant l'amour entre tes bras.
 Je souffrirai. Je pleurerai. Tu t'en iras
 jusqu' á ce que plus rien de toi ne m'apparaisse.

Anna de Noailles

Muerta el 30 de abril último.

*
**

El mundo siempre ha creído en la desigualdad de los hombres.

Y aquello que la humanidad ha creído durante miles de años, y continúa creyendo aún, generación tras generación, debe de encerrar algo de verdad. Las mentiras puras no viven largo tiempo; hay que salarlas con verdad para que se conserven.

Siempre hemos tenido nuestras aristocracias.

Jesús mismo dijo: «Estrecha es la puerta y angosto el camino... y pocos serán los que lo encuentren».—*Frank Crane*.

*
**

Las condiciones que existen en este país (Rusia), con el reino actual del terror, no tienen paralelo. Las gentes os aparecen bajo los rasgos de un pueblo perseguido luchando contra un mundo entero de conspiradores políticos, financieros y comerciales. Este estado de espíritu ha alcanzado las proporciones de una histeria mórbida.

(Telegrama de Sir Esmond Ovey, embajador de Inglaterra en Moscú, a Sir John Simon, ministro de R.R. EE.—*El Libro Blanco*, 4 de abril de 1933).



*
**

A la edad de 82 años, murió a fines de abril el barón de Schoen, embajador alemán en París en el momento de la declaración de la Gran Guerra (3 de agosto de 1914). En sus memorias, publicadas con el título de *Cosas Vividas*, habla de las condiciones en que el gobierno de Berlín hizo esta declaración y de la violación de la neutralidad de Bélgica, y dice: «El recuerdo más penoso de mi carrera es que mi nombre parezca asociado a esos métodos».

*
**

Se trata de defender los derechos del hombre y del ciudadano, manteniendo un estado y unos métodos de libertad que engendraron el más alto tipo de civilidad que la Historia ha conocido. Se trata de sostener la libertad-concepto, y la libertad-ordenamiento, y la libertad-cultura, y la libertad-dignidad.

No podemos los españoles renegar de ese sentido de nuestra vida ni desertar de su custodia.

Bajo la capa primera de nuestro suelo hay más sangre que agua, más huesos que raíces.

Nuestros abuelos y nuestros padres consumieron sus vidas para librarnos de reyes absolutos y de turbas desmandadas, de generales pronunciados y de matones a sueldo, de apostólicos y de cuerpos francos, de la *pitita* y del *trálaga*. Sus propias obcecaciones apasionadas sirvieron para su mal y para nuestro bien. No cabe repudiar la herencia. Quizá el más urgente programa político de hoy cabe en estas pocas palabras:

¡Liberales, a defenderse!

Angel Ossorio (abril 1933).

*
**

Es inconcebible cómo el sueño del poder a perpetuidad que ha torturado el espíritu de todas las oligarquías, se reproduce en todo tiempo con extraña impenitencia a pesar de los desengaños de la historia y de las conclusiones de la más sencilla reflexión.

José Enrique Rodó

*
**

Por la naturaleza de nuestras ocupaciones tenemos siempre a la vista el cuadro de las múltiples dolencias humanas; mas, por una reacción salvadora, somos sin embargo los estudiantes mejor dispuestos a la alegría y a las bromas. De nuestros corrillos salen los almanaques.

(De la alocución del Presidente de la Asociación de Estudiantes de Farmacia, el 19 de mayo de 1933).

*
**

En todas partes, por definición, las administraciones se parecen; y por esto, la gran sapiencia humana se resume en este axioma: en todo y para todo, lo menos posible de administraciones. Y los pueblos serán felices.—*L. Forest*, marzo 1933.

*
**

Del boletín de mayo de *The National City Bank*, de New York:

Acostumbradas como se hallan tantas personas a considerar la moneda en sí misma como valor adqui-

sitivo, se convierte en tema de controversia la relativa magnitud que debe darse a la circulación fiduciaria. Unos consideran la moneda como fuente originaria del movimiento comercial; otros creen que el comercio representa en todos sus aspectos un intercambio de productos y servicios, y que la verdadera capacidad adquisitiva de cada individuo reside en los productos que vende o los servicios que presta, de manera que la fuente real de la capacidad adquisitiva se encuentra en los productos y servicios mismos, siendo la moneda sólo un medio conveniente para el intercambio de valores reales.

El primero de estos dos conceptos de la moneda ha sido el origen de todas las herejías monetarias que han perturbado al mundo. El segundo ha inspirado el establecimiento de todos los sistemas monetarios importantes de la tierra, inclusive el sistema de la Reserva Federal en Estados Unidos. El objeto de los bancos oficiales de la Reserva Federal es proveer el medio circulante requerido para las necesidades del comercio, y no para ningún otro propósito.

Al adoptarse este último criterio y reconocerse que el intercambio económico se lleva a cabo en su mayor parte por medio del sistema bancario, sin emplearse la moneda para nada, se comprende que el abastecimiento de moneda se deriva del movimiento comercial, en lugar de ser origen de tal movimiento.

Además, como la moneda, en forma de medio circulante, es sólo un instrumento y no una fuerza originaria del comercio, la introducción de cantidades excesivas de moneda en las arterias comerciales ejerce una influencia perjudicial más bien que benéfica.

*
**

Algunos escritores en boga llaman *sentido de la relatividad* a lo que hasta hoy se ha llamado, con más propiedad, *mala fe*. Está dotado de este sentido quien no cumple su palabra ni respeta sus tratos sino en tanto y cuanto convenga a su persona.

Federico el Grande poseía en alto grado este sentido. El decía: «Hago siempre lo que me da la real gana, y luégo nunca faltan en mi reino filósofos pedantes que inventan razones y teorías irrefutables con que justificar mis actos».

*
**

El Estado, según Bastiat, es la gran ficción a través de la cual todo el mundo se esfuerza por vivir a expensas de todo el mundo.

Otra definición: El Estado es alguien que no hace lo que debe hacer; que quiere hacer lo que no le toca hacer; que hace mal y caro todo lo que hace.

*
**

Reflexiones que Ud. puede leer en cualquier diario juicioso:

Casi todos los países del mundo padecen del mismo mal: El Estado gasta demasiado: el Estado gasta más de lo que permiten los recursos generales de los ciudadanos: el Estado agota las fuentes mismas de que él vive. Arruina y se arruina. En todas partes, el problema es un problema de política interior.

Pero este problema interior engendra otro de po-

lítica exterior. El Estado, mal administrado, en vez de salvarse por el buen camino, se hunde en el socialismo. Para salvarse, recurre a las soluciones simples (simples en el mal sentido de la palabra), la inflación, por ejemplo. Ahora bien, la inflación produce efectos locales e internacionales. Los efectos locales pueden parecer benéficos, a los ojos de corto alcance; pero son instantáneamente nocivos para los otros países. Apenas éstos se sienten heridos, tratan de defenderse. Y lo más fácil es también para ellos recurrir a la inflación. Como consecuencia, se embravece la crisis mundial.

¡Ahí estamos!

*
**

Jorge Bonnet, Ministro de Hacienda, acaba de explicar la necesidad en que está Francia de mantener el talón de oro. Ninguna relación social (industria, comercio, etc.) puede estar segura si las monedas son inseguras.

Reviviendo una vieja imagen de los economistas, uno de nuestros expertos ha dicho en los Estados Unidos: «Es preciso, para los cambios, una moneda estable, a fin de medir los valores variables. Si no, es como si un vendedor de paño pretendiera medir la tela con un metro elástico».

Nuestro país conserva piadosamente, en un instituto especial, bajo llaves, un metro hecho de un metal invariable, insensible a las variaciones atmosféricas. Este metro sirve de modelo y de padre a todos los otros metros del comercio.

Semejantemente, para medir los valores internacionales, se necesita una moneda tan constante cuanto sea posible. Es el oro. Por hoy, no se ha encontrado nada mejor.—*Le Matin*, abril de 1933.

*
* *

Importante telegrama, tomado de *La Tribuna*, del 5 de julio de 1933:

Londres, 4.—El *Daily Express* refleja fielmente en su editorial de hoy el estado de ánimo de la opinión pública inglesa respecto a la actitud de Roosevelt, indicando que «los Estados Unidos, el chico incendiario del mundo, enciende un fuego que podría haber sido faro, y corre para ver desde lejos cómo se consume». Agrega que «primero aparece Wilson declarando que los Estados Unidos exigen la Liga de Naciones, pero su congreso la repudia; impone el tratado de Versalles, y los Estados Unidos lo desconocen. Después viene la famosa moratoria Hoover concedida con la intención de allanar el camino para el reajuste de las deudas, pero resulta que tenemos que pagar a los Estados Unidos. Viene luego el tratado de Lausana, inspirado por Hoover: Alemania fue perdonada, pero los Estados Unidos se negaron a adherirse a ese perdón. Mac Donald emprende viaje a Washington a requerimiento de Roosevelt, y cuando todavía está en alta mar, ya los Estados Unidos lanzan bombas a las negociaciones para abandonar el patrón de oro. Desde entonces las repudiaciones se suceden con gran rapidez. El embajador Davis va a Ginebra y durante veinticuatro horas parece que los Estados Unidos están dispuestos a cooperar en el desarme mundial: muy pronto Washington hiere de muerte este propósito. Hull y Cox, jefes de la delegación norteamericana en Londres, se pronuncian oficialmente sobre varias importantes cuestiones, pero son desmentidos por la Casa Blanca. Moley llega a Londres anunciado a bombo y platillos. Hace decla-

raciones, pero éstas son desautorizadas, y Roosevelt repudia la aprobación que su enviado ha dado a ciertas resoluciones en Londres, convirtiendo las pláticas de Mac Donald en una burla».

*
**

Pensar que un Estado-pulpo o Estado-socialista, como querráis decir, pueda no caer en el nacionalismo, es dar prueba de un desquiciamiento mental perfecto. Las mismas razones que hacen que un Estado individualista tienda forzosamente hacia el internacionalismo o solidaridad mundial (espíritu de mutua comprensión, de armonía racial, de libre cambio económico, etc.), hacen que el socialismo de Estado conduzca siempre hacia el polo opuesto.

*
**

El problema por resolver, consiste en encontrar una fe satisfactoria y una filosofía que esté de acuerdo con la realidad. Empezando por el individuo, debemos, ante todo, decidir qué clase de persona queremos que sea. Todas las edades han tenido su hombre ideal. Para los romanos, el hombre ideal era el estoico; para la Edad Media, el santo contemplativo o activo; para el Renacimiento, el hombre individual, el príncipe maquiavélico; en el siglo XVII, el «filósofo»; en el XIX, el fuerte, aunque piadoso, «capitán de la industria». ¿Cuál es hoy nuestro hombre ideal? No se puede contestar. No estamos de acuerdo. Una escuela afirma que es una especie de abeja desindividualizada, cuyo único deber consiste en trabajar para la sociedad. Otra declara que es una versión mejorada y caballeresca del hombre libre del Renacimiento.—*Aldous Huxley* (New York, enero 1933).

*
**

A propósito de «abejas desindividualizadas», conviene repetir unas palabras nada menos que de Sigmund FREUD (diciembre 1932). No dicen nada nuevo, por lo mismo que son la pura verdad. «Quizá muchos no se dan bien cuenta de hasta dónde puede ir el carácter populachero de nuestra sociedad y qué excesos se permiten los hombres cuando, *libres de toda responsabilidad personal*, se sienten sólo como elementos de la multitud».

¡Dulces abejas de una colmena!

*
**

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto—para disparar el pensamiento entero—con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

¿Y qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser todos vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda la devoción, con toda la unción de una consciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: *un sujeto de conocimiento fecundado por la Naturaleza, eterno objeto de conocimiento.*

Eugenio M. Hostos (Santo Domingo, 1884).

*
**

Yo no puedo negaros que soy el más egoísta de los reformadores. Yo no puedo negaros que en la obra intentada, en la perseverancia de que ella es testimonio y en el dominio de las circunstancias que la han contrastado, mi más fuerte sostén ha sido el egoísmo.

Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mí mismo que requiere esta reforma, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio.—*Hostos.*

*
**

He dicho que la política de Roosevelt va a hacer un inmenso daño a los Estados Unidos. Pero en ninguna parte he dicho que Roosevelt sea socialista o comunista. Yo no padezco del afán de rotular a mi antojo a los gobernantes o a los sabios del mundo, ... sin hacer caso de sus escritos, de sus obras o

de sus protestas, así las formulen con el énfasis de Einstein!

En cuanto a Roosevelt, oigamos a uno de sus admiradores, F. Larcegui (junio de 1933):

En primer término salta a la vista que la finalidad es totalmente distinta en Rusia y en Estados Unidos. En la primera nación el Estado es como una inmensa factoría, donde manda sin apelación posible un amo despótico, sea el amo un emisario o la resultante de la opinión de los soviets directivos, sin que haya en el obrero libertad para emigrar ni para vivir, terminado su trabajo, donde, como y cual le cuadre. Es la comunidad marchando por la vida, cual rebaño conducido por pastor que impone los descansos, los pastos y las rutas.

En Estados Unidos, la idea y fin de la legislación aprobada es regular y encarrilar la riqueza *para mejor asegurar el bienestar individual*, dejando en libertad a los particulares de ir, trabajar, descansar y gozar con absoluta libertad, sin que se coarte ésta sino en la forma en que se coarta, por ejemplo, la circulación del tráfico en las grandes arterias ciudadanas, regulando las paradas, la velocidad y la dirección, pero dejando en lo demás libertad a los conductores de vehículos para cuanto se les pueda ocurrir que no contravenga las leyes reguladoras.

En Rusia se impone un orden comunal, prescindiendo del individuo, que no representa nada ante el Estado, más que un simple engranaje en la inmensa máquina estadual. Por las leyes de Roosevelt se regula y condiciona la libertad individual, en vista de un mayor bienestar de cada individuo, de lo cual se espera resulte como consecuencia un mejor bienestar social.

Pero en lo que se manifiesta más la diferencia es en que tanto en el comunismo como en el socialismo, los medios de producción se entregan al Estado, y en Estados Unidos se dejan a las entidades e individuos particulares, con libre iniciativa y disposición de los beneficios.

*
**

¡El peligro de las comparaciones! ¡Lo engañosas que son!

Entre la regulación del tráfico de vehículos, cosa enteramente material, y la regulación de la vida económica de una nación, hay un gran trecho. A los vehículos se les ve y se les puede ordenar en bien de cada uno y de todos. ¿Cómo ordenar lo que no se ve, lo que no se sabe de dónde viene, cómo camina y a dónde va? Para encarrilar automóviles o caballos basta talvez con polizontes de brazo fuerte y dos dedos de frente. Para controlar el movimiento bancario, comercial e industrial de un país, por pequeño que se suponga, sería necesario un ejército de funcionarios de talentos y virtudes excepcionales, imposibles de encontrar en tiempo de crisis, ya que las crisis económicas son siempre, en el fondo, crisis intelectuales y morales.

*
**

«Apenas habrá uno que otro descubrimiento moderno, de ciencia aplicada o teoría científica, que no sea el producto de los esfuerzos separados de muchos hombres y de muchos países. Neptuno fue localizado casi al mismo tiempo por el francés Leverrier y el inglés Adams, y las previsiones de éstos fueron confirmadas por el alemán Galle. Cuando Ud. oye una canción en su radio, puede bendecir a los ingleses

Maxwel y Lodge, al alemán Hertz, al italiano Marconi, al francés Branly, a los americanos De Forest y Edison, al croata Tesla, al serbio Pupin y a muchos otros».

*
**

Según H. H. Bashford (oct. 1932), son cinco los descubrimientos más importantes para el médico realizados en los últimos 21 años. A saber: el del neosalvarzán (1912), para el tratamiento de la sífilis; el de las vitaminas, desarrollado el mismo año; el de las pruebas de susceptibilidad para la difteria y la escarlatina (1913 y 1924); el de la insulina (1922), y el del tratamiento de la anemia perniciosa mediante el hígado crudo (1927).

*
**

Una sola noche de insomnio destruye la coordinación muscular y altera notablemente el sistema nervioso. Por ello es de sumo interés ver la manera de procurarse un sueño perfecto durante las 365 noches del año.— *Donald A. Laird* (Toronto, dicbre. 1932).

*
**

Pero, ¿para qué discutir con quienes son lo que son porque se creen indiscutibles? El liberal lo discute todo, empezando por sus propios principios. Su fuerza está en la capacidad de dudar: fuerza llena de baches y peligros, quién lo duda, pero también de eficacias: exactamente igual que la fe más cerrada.

Dr. Marañón (junio 1933).

BIENECOR &
BIBLIOT
NACIO

La Vocación Individual

Por JOHNSON O'CONNOR

Extractado de «The Atlantic Monthly»,
Boston (Dicbre. de 1932)

En los últimos doce años, los que trabajan en laboratorios de psicología han aprendido a medir siete rasgos mentales, aislados unos de otros, que sirven para determinar la actitud del hombre ante la vida: la memoria tonal, o sea el dón de llevar en la mente los temas musicales escuchados; la aptitud para la ingeniería, resultante de la fácil visualización de estructuras de tres dimensiones; la aptitud para entender lo que significan las cifras, indispensable para labores de contabilidad y bancos; la destreza característica de los cirujanos y arregladores de instrumentos muy pequeños; la destreza de los dedos, que no es igual a la anterior, y, por último, la imaginación creadora. Se sabe que existen el razonamiento inductivo, la memoria visual y otros rasgos; pero aún no hay manera de aislarlos y medirlos.

¿Cómo pueden beneficiar a un muchacho o a una joven tales pruebas? En el estado de las cosas actual, las pruebas psicológicas deben realizarse exclusivamente en un laboratorio que se dedique con asiduidad a la psicometría. Estas pruebas no pueden formar parte del curriculum escolar, por varios motivos; principalmente, porque pocas escuelas disponen de un laboratorio bien organizado, con personal diestro, y por la impresión que cualquier prueba mal conducida puede producir en el ánimo de los jóvenes, inhibiéndolos para el trabajo. Hay que declarar que el problema de medir las facultades de grupos escolares,

tan solicitado por diversas instituciones, todavía está por resolver.

Los manufactureros han aprendido a construir máquinas debidamente, automóviles, por ejemplo, empleando un metal para los cilindros, otro para el claxon, otro para los filamentos y otros para las demás piezas que llenan funciones especiales. Es singular que se haya llegado a ese grado de especialización en la industria, en la que por lo general no hay gasto de material inútil o superfluo. Sin embargo, el gasto inútil de material humano es extraordinario. Muchos grandes colegios y universidades se vanaglorian de desechar hasta un 50 por ciento de sus principiantes, antes de que las clases lleguen a su término en cada rama. Y lo más curioso es que el crédito de muchas de estas instituciones se mide precisamente por el porcentaje de alumnos que desechan. Los colegios podrían aprender que cada ocupación tiene sus exigencias individuales y que cada ser humano tiene su función especializada. Las modernas pruebas psicológicas tratan de ayudar en este problema.

Una razón determinante para que estos trabajos se realicen en un laboratorio, está en que su seguridad depende en alto grado de que las experiencias puedan continuarse o repetirse en iguales condiciones.

Entre las pruebas de mayor uso se encuentra la de libre asociación de palabras. Se le da, por ejemplo, al individuo la palabra «tigre». Uno contesta: «leche»; otro «mantequilla»; otros «tigre-animal». De 1.000 individuos sometidos a la prueba, 280 dan esta última respuesta. Estos son impersonales, con *actitud objetiva* hacia la vida, excelentes para agentes de ventas y para negocios en general. El que respondió «leche», hizo rápidamente una asociación con el recibo de cierta caja de whisky, enviada por un amigo, puesta

en el exprés bajo el nombre de «leche», puesto que el otro envío estaba prohibido. El que respondió «mantequilla» hizo otra asociación personal parecida: había estado leyendo una novela de aventuras, en que se habla de la mantequilla de tigre que comen ciertos africanos. Los dos últimos son tipos *subjetivos*, buenos para trabajos de oficina o laboratorio, donde no se necesita exhibir una vigorosa y simpática personalidad. Mediante esta prueba se pudo determinar que los individuos de tipo objetivo, empleados como agentes de ventas, tenían un promedio de 65 y un máximo de 92 ventas diarias por hombre; en tanto que los del tipo subjetivo alcanzaban no más que un promedio de 32 y un máximo de 45 ventas diarias por hombre.

Avalanchas de preguntas caen en los laboratorios que se dedican a estas investigaciones. La mayor parte son incontestables por el momento. La herencia, la edad, el cambio de carácter, son todavía puntos de investigación. Todo lo que se sabe es que la actitud hacia la vida, profundamente arraigada en la personalidad, parece ser algo esencial del sujeto, y generalmente ya está fijada hacia los diez años.

Los jóvenes que salen de la Universidad con vitalidad, energía y ambiciones, tienen todas las probabilidades de llegar adonde quieren. La cuestión para ellos es hacerse, no en los primeros cinco años, como desean muchos demasiado inquietos, sino en los diez o quince siguientes, un lugar en el mundo. Por regla general, los que hacen carrera en los negocios son tipos objetivos; mas esto tampoco quiere decir que deje de haber pocas, pero efectivas excepciones importantes, de individuos con carácter subjetivo muy relevante que, sin embargo, logran ascender en esta dirección. A veces la actitud subjetiva hacia la vida

depende de circunstancias adventicias, como en los niños que tienen defectos físicos, que pierden temprano a sus padres, o que por otros motivos se hacen sensitivos y delicados en su actitud hacia las personas que alcanzan éxito. Muchas veces este tipo, al someterlo a la prueba experimental, o a la prueba práctica de los negocios, revela igual promedio de objetividad que el tipo normal.

El resultado que podría desprenderse naturalmente de las experiencias hechas hasta ahora, es este: *si una persona trata de triunfar en la vida, lo mejor que puede hacer es desarrollar su propia personalidad*. Ni el sér subjetivo, ni el sér objetivo son mejores. Cada uno tiene su función propia en la vida. Sólo cuando uno de estos tipos trata de asumir las funciones del otro, comienzan las dificultades. De nada sirve fingir lo que no se posee por naturaleza.

Hay, no obstante, un medio por el cual el tipo subjetivo puede borrar, más o menos, las diferencias con el tipo objetivo: la adquisición de un vasto vocabulario, rasgo distintivo de marcada personalidad. En las pruebas practicadas se ha observado que mientras mayor es el vocabulario, menos diferencias existen entre el éxito comercial de tipos objetivos y subjetivos.

En todo caso, los especialistas recomiendan que no se trate nunca de alterar la personalidad. Si uno es objetivo, esto quiere decir que nació para negociante, director de trabajos, o para cualquier carrera comercial. Debe buscarse entonces el contacto con la humanidad. Este tipo debe entrenarse apropiadamente desde el colegio en semejante dirección. Los tipos subjetivos deben elegir carreras como las de medicina, leyes, ingeniería, investigación científica, o trabajo individual creador de alguna especie. Los lugares donde el trabajador aislado tiene importancia, son

para esta clase de gente. El hombre subjetivo no aventura una opinión sin una base positiva. El objetivo o práctico se encuentra con frecuencia obligado a tomar decisiones, aun sin pleno conocimiento de los hechos. Por esta razón, a los tipos de temperamento subjetivo hay que aconsejarles que se especialicen, a fin de que puedan lograr bastante dominio de las cuestiones que les incumben, y expresarse con fuerza y convicción y sentir placer en lo que llevan a cabo.

De *Síntesis*, México.

Capitalismo y Socialismo

Por PEDRO GONZALEZ BLANCO

Cualquiera que se tome el trabajo de hojear los antiguos escritos de Luis Blanc, de Fourier, de Víctor Considerant, de Owen, de Carlos Marx, de Lasalle, de Enrique George, encontrará siempre el mismo fondo de recriminación contra el individualismo y la concurrencia, contra la explotación del obrero y el monopolio de la tierra y del capital mobiliario.

Para las escuelas socialistas de 1848, como para las de hoy, el número de trabajadores tiende a aumentar indefinidamente, bajo el régimen de la concurrencia, por lo que los salarios, al disminuir, apenas si son suficientes a cubrir las más primordiales exigencias de la familia obrera. Según los socialistas, la constante progresión de la renta rústica absorbe la mayor parte de los recursos del grupo social y la totalidad de la plus-valía, incorporada al suelo por el desarrollo económico de la comunidad. Por lo que

hace al capital mobiliario, acapara la mayor parte de los frutos de la producción.

Ahora bien, ¿es exacta esta crítica de la organización actual? ¿No sobrepasa los límites de la verdad? Sin duda alguna. Su más profunda equivocación en el examen de los problemas actuales está en desconocer su complejidad e interdependencia, en disociar los diversos elementos de que se componen, en dirigir a un punto aislado sus ataques, en la esperanza, de que una vez abierta la brecha, se desplomará el edificio entero. Desconocen los socialistas los efectos de la ley de compensación, que juega un papel muy importante, en la fenomenología social. ¿Pero es que no se sabe que hay en el cuerpo social, como en el físico, una «via medicatrix» que encuentra en sus propias heridas el remedio a sus males?

Así por ejemplo, el principio, tan desacreditado por los socialistas, de la concurrencia, no produce sólo resultados desfavorables. La concurrencia tiende, en efecto, a reducir los salarios, por el acrecentamiento del número de brazos destinados a la producción, por la superioridad de la oferta sobre la demanda; pero este resultado tiene su contrapartida en el desarrollo mismo de la producción, que hace afluir sobre todos los mercados una mayor cantidad de productos y disminuye los precios de los objetos dedicados al consumo. Bajo el imperio de la concurrencia se realiza este doble fenómeno: de una parte los salarios bajan—lo que no siempre es una consecuencia inevitable—, pero de otra el precio de las subsistencias disminuye para el obrero.

La primera condición del bienestar para el obrero se encuentra menos en la elevación de los salarios que en la libertad de cambio, que permite obtener a bajo precio las mercancías precisas, provengan de la

tierra o de la manufactura nacionales, o del suelo e industria extranjeras.

Para los intereses de los trabajadores es mucho más serio abolir el sistema proteccionista que eliminar la concurrencia. Al combatir el principio de la libre concurrencia, la mayor parte de los escritores socialistas han olvidado que éste facilita siempre el desenvolvimiento de la libertad de cambios. Es decir, que lejos de aumentar la miseria de las clases laboriosas, provee los elementos de su emancipación. Aunque los socialistas se resisten a reconocer que bajo el régimen de la concurrencia la tasa de los salarios es a veces mayor que el *mínimum* indispensable a la subsistencia de los trabajadores, los hechos vienen a desmentirlos.

En Inglaterra, según Adán Smith, los salarios aumentaron en el doble desde fines del siglo XVII a fines del XVIII, y lo mismo puede decirse de fines del XVIII a fines del XIX. Y con respecto a las utilidades del capital, cabe decir, con Stuart Mill, «que están muy debajo de lo que la imaginación popular se figura».

Vemos que las opiniones de los socialistas sobre la concurrencia y el reparto de productos entre el capital y el trabajo se desvían sensiblemente de la realidad de las cosas.

Podríamos deducir de ello una primera conclusión, y es esta: que el modo actual de organización del trabajo no tiene por qué atraer los reproches de que los socialistas le hacen víctima, y que antes de sustituirlo deben sus propios sistemas sufrir la prueba de un debate contradictorio.

Es preciso ver si las doctrinas preconizadas por los socialistas no levantan objeciones tan graves, si no más, que las del sistema individualista.

El primer inconveniente del sistema socialista consiste en implicar la desposesión de todos los propietarios actuales por una revolución violenta que suprime la libertad individual y aboca a un intolerable despotismo. ¿Con qué criterio se determinará la suma de productos a fabricar, exportar, importar, faltando los recursos del capitalismo—crédito, concurrencia, comercio libre, etc., etc.—cuando «la comunidad sea el propietario general y el remunerador de todos los medios sociales de producción»?

En el régimen capitalista, el precio de los objetos, la tasa de los beneficios y de los salarios son los naturales reguladores de la producción. En el colectivismo dependerá exclusivamente del arbitrio de los comités de dirección, y los consumidores verán cómo se les arrebatara toda garantía de satisfacer sus necesidades. Se objetará con el ejemplo de las sociedades anónimas; pero en la sociedad actual, éstas no ejercen propiamente el monopolio, ni semejan en nada la vasta complejidad del Estado colectivista. Aquéllas sólo tienen en sus manos explotaciones fraccionadas y limitadas a una rama de la industria, en tanto el Estado abarca la total producción del país.

Si el colectivismo de Estado es incapaz de suministrar a la producción ninguna regla fija y precisa, parece revelar igual impotencia en lo que concierne al reparto y distribución de los productos.

En la sociedad capitalista el principio de oferta y demanda constituye el elemento más importante de la ley social del reparto. Un producto cualquiera deriva su valor, no de la suma de trabajo que representa, sino de las necesidades que tiende a satisfacer o del número de personas dispuestas a conseguirlo. Por consiguiente, el precio de este producto depende menos del valor social, considerado como cantidad

fija y matemática, que de su valor en uso, que varía según los lugares y las circunstancias, y sobre todo según esté el mercado económico.

Ahí reside el fundamental error de los colectivistas. Marx había representado el tiempo del trabajo, socialmente organizado, como la medida del valor. Pero si el valor del producto está sometido a otras condiciones que la del tiempo del trabajo matemáticamente evaluado, resulta que la pretendida ley del reparto, tal como la entienden los colectivistas, no puede reemplazar los reguladores ordinarios de la distribución en el régimen capitalista—salarios, intereses y beneficios.

Schæfle señala las lagunas de la doctrina de Marx con estas significativas palabras: «La teoría socialista del valor, en tanto en la determinación del valor de las riquezas sólo tome en consideración los gastos sociales y desdeñe totalmente el valor de utilidad, que varía según el tiempo, el lugar y la cosa, es completamente incapaz de resolver de una manera económica el problema de la producción colectiva...»

Si la ley de reparto cae bajo la crítica, no menos el procedimiento preconizado por los socialistas. Prescinden completamente de la moneda en la sociedad, substituyendo los pagos por cheques representativos de la jornada de trabajo, que se llaman bonos de trabajo. Ya tenemos para la circulación las mismas dificultades que para la producción y distribución de las riquezas. ¿Cómo mantener estos bonos de trabajo en proporción con los productos? Si se crea una cifra superior a la demanda—ya se vió en Rusia de 1918 a 1923—se resucita el sistema de «asignados» franceses, o de «infalsificables» mexicanos, y la bancarrota del Estado, por tanto.

El día en que los bonos de trabajo no representen

mantenimientos acumulados en los almacenes del Estado, los portadores reclamarán vanamente el cambio de estos bonos contra mercancías, y el equilibrio entre los productos y las necesidades se romperá.

Podrían enumerarse muchos otros obstáculos que se oponen al gobierno de la producción de un país por el Estado, pero preferimos apelar al testimonio nada sospechoso de Stuart Mill. La idea de confiar la dirección de la industria total de un país a una agencia central exclusiva—escribe el economista inglés—parece de tal modo quimérica que nadie osaría proponer ponerla en práctica. Quedaría úno por debajo de la verdad diciendo que si el socialismo debuta en estas condiciones abocará al más terrible desastre—las palabras son proféticas respecto a Rusia—y a sus apóstoles sólo les quedaría el consuelo de pensar que el orden actual de la sociedad, al parecer, había envuelto en la común ruina a los que se aprovecharon de ella.

De *Export*, 20 de abril 1933,
Franzensbad (Checoeslovaquia).

¿Por qué son desastrosos los temblores?

El terremoto de California, poco después del de Japón, ilustra trágicamente la solidaridad que liga, de buen o mal grado, a las naciones más separadas por el espacio o por la política: la solidaridad del dolor y de la muerte.

Esos terremotos han tenido lugar en dos de esas regiones tristemente privilegiadas, cercanas de las grandes depresiones marinas y que parecen marcar los bordes de las grandes losas rocosas que forman

la corteza terrestre. Que por una u otra razón sobrevenga un levantamiento o un hundimiento del gran enladrillado, será en las líneas de unión de las losas en donde se manifestará la deformación.

Sirviéndome de otra comparación, diré que la superficie terrestre es como la piel escamosa de un reptil. Si éste se estira o se remueve, las escamas cambian de posición las unas relativamente a las otras, pero sin deformarse ellas mismas. California, por ejemplo, está situada en la articulación de dos escamas de la caparazón terrestre.

*
**

Muchos piensan que en los grandes terremotos el suelo se levanta o se agita como un mar furioso. Es un error. La amplitud de los desplazamientos o desviaciones del suelo es en general muy débil.

Los daños terribles de los sismos son causados, no por la amplitud, sino por la *aceleración* o *variación de velocidad* de los movimientos.

Me explico. Quien va en tren rápido, en auto o avión, a 100 km. por hora, o más, no experimenta ninguna sensación desagradable; ni siquiera siente el movimiento si la velocidad permanece constante. Si la velocidad cambia gradualmente, casi no se nota el cambio. Pero si aumenta o disminuye bruscamente, uno es lanzado hacia adelante o hacia atrás, tanto más violentamente cuanto más rápida sea la variación de velocidad, es decir, cuanto más grande sea la aceleración.

Un atleta puede alzar a un metro una mesa cargada de cristalería, sin que ésta se mueva, con tal de que sea levantada progresivamente. Pero si él da un martillazo brusco contra la mesa, la cristalería saltará

y podrá quebrarse toda, a pesar de no haber sufrido la mesa sino un desplazamiento de pocos milímetros. En el primer caso ha sido grande la amplitud del movimiento, pero pequeña la aceleración. Al contrario, en el segundo caso. Este ejemplo hace comprender por qué los efectos desastrosos de los sismos dependen ante todo de su aceleración.

Los movimientos que levantan a un barco en un mar agitado son amplios y poco acelerados. Los que sacuden el suelo en un terremoto destructor son muy acelerados, pudiendo ser muy poco amplios.

*
**

El físico japonés Omori—sabido es que los sabios japoneses son los más entendidos en sismología—ha establecido estadísticas experimentales que demuestran que los temblores comienzan a ser desastrosos cuando su aceleración pasa de 20 centímetros por segundo, es decir, cuando el suelo inmóvil es animado súbitamente de una velocidad mayor de veinte centímetros por segundo, aun cuando el desplazamiento sea muy débil. La más grande aceleración observada por Omori ha sido casi de medio metro por segundo.

*
**

Todo esto que es verdad en mecánica, ¿no será también cierto en cosas de otro orden?

CHARLES NORDMANN

Trad. E. J. R.

15 de marzo de 1933.

El Jubileo de D'Arsonval

(Fragmento)

En el momento en que, tanto en París como en Chicago, se celebra el jubileo de D'Arsonval, me parece justo recordar, aun cuando sólo sea de una manera sumaria, los bellos trabajos de mi ilustre amigo. No temo incurrir en repetición al decir de él —citando a La Bruyère— lo que dije de Branly aquí mismo, hace algunas semanas: no hay más hermoso exceso que el de la gratitud. Nuestra gratitud, la de todos, debe ser sin límites para un sabio que, es cierto, no ha creado, pero ha desarrollado prodigiosamente una ciencia fecunda en marayillosos resultados: *la física biológica*.

Debo confesar que me siento turbado para hablar de sus trabajos. Son tan numerosos y tan importantes, que corro el gran riesgo de ser injusto al no mencionar sino algunos.

Su espíritu inventivo ha sido asombroso. En fisiología y en medicina experimental, no es posible hoy prescindir de los aparatos de D'Arsonval, como no se puede prescindir de los de Marey. Cada uno de esos aparatos ha contribuido al perfeccionamiento de la técnica.

*
* *

Hablemos primero de los progresos que D'Arsonval ha hecho realizar a la electricidad fisiológica. El mostró que las corrientes eléctricas alternas producen efectos muy diferentes según que son de alta frecuencia o de baja frecuencia. Si se emplea corrientes

de una frecuencia menor de 10.000 por segundo, se determina una excitación violenta de todo el organismo y convulsiones mortales. Con 900 voltios, y aun menos, la muerte es inmediata. Pero si esta misma corriente es interrumpida 100.000 veces por segundo, sus efectos son nulos. Se puede entonces hacer el extraño experimento de encender seis lámparas mediante una corriente que pasa a través del cuerpo sin provocar ninguna sensación o convulsión.

Las células vivas (especialmente las nerviosas y musculares) no son sensibles a las corrientes de alta frecuencia, así como la retina no es impresionada por ondas ultra-violetas ni el oído percibe los ultrasonidos.

D'Arsonval fué más allá: creó lo que se llama la d'arsonvalización, haciendo pasar una corriente de alta frecuencia en un solenoide dentro del cual estaba una persona. Él observó los cambios notables determinados así en la persona, en su temperatura, en su circulación, en su nutrición, en su respiración, instituyendo una forma nueva de la terapéutica.

D'Arsonval demostró también que la electrocución no es un procedimiento seguro de dar muerte rápida a un condenado. Si se practica sin demora la respiración artificial, el electrocutado recobra su salud. Irónicamente hablaba D'Arsonval de la *prudente precaución* norteamericana de hacer la *autopsia* de los ejecutados.

CHARLES RICHET

Trad. E. J. R.

27 de abril de 1933.

¿Existe un Militarismo Francés?

Por el CONDE SFORZA

Extractado de *L'Illustration*,
París (diciembre de 1932).

Están de moda los libros de apariencia científica que describen y definen al tipo francés, al inglés, al italiano... Simples obras de imaginación algo fatigada.

Desde la primera página de cualquier ensayo sobre los franceses, se dice que son los intelectuales, los lógicos, los cartesianos por excelencia. Los que pintan una Francia estilizada de esta suerte, olvidan que la constitución escrita y la división geométrica de este país datan de la Constitución y, luégo, de Bonaparte. Antes no hubo sino creación lenta y espontánea; siglos de organización tan empírica como la de Inglaterra.

La autonomía económica de Francia basta para explicar su mínimo interés por lo que pasa lejos de París. ¿Egoísmo? ¿Indiferencia? Nó; consecuencia natural de que Francia encuentra dentro de sí casi todo cuanto ha menester. Lo que se llama pasión excesiva del francés por el oro, no es sino la pasión por su propia independencia. La riqueza es, para el alemán, una fuerza dinámica; para el francés, una fortaleza. Resultado: solidez social, como en China, donde nada puede quebrantar el concepto de la vida. El ciudadano francés podrá haber tenido accesos de locura; pero el individuo francés jamás los ha conocido. El francés de ideología política media, frecuentemente pertenece a la izquierda; pero su notario debe ser de la derecha. El secreto de Poincaré consiste en haber sido, muy sinceramente, de derecha e izquierda, como

las piezas de cien «sous», que tienen a Napoleón por un lado, y, por el otro, «République française, une et indivisible».

La idea de patria en Francia es sinónimo de un cierto estilo de vida aceptado libremente por todos. Francia se considera como una familia en la que todos se sienten felices de integrarla. Francia es verdaderamente aquella nación que definió Renán: «El deseo de vivir juntos y de prolongar, indivisa, la herencia que se ha recibido». La obra de arte francesa es lenta; es sólida porque fue después de 1870, en el dolor de la derrota, cuando la Lorena se sintió francesa. El brebaje embriagador de la victoria no es siempre el lazo más sólido para la unidad moral de un pueblo.

Los excesos, naturales e inevitables después de cuatro años de sufrimientos y de sangre, así como antes la gritería de Deroulede, y los penachos a la Boulanger, han acreditado en el mundo el mito de un militarismo francés.

Estudiando la esencia misma del pueblo francés, más allá de las apariencias, se encuentra un amor apasionado por la paz, que no sobrepasan otros pueblos. Bajo el antiguo régimen, los Estados Generales cien veces trataron de impedir las guerras de los reyes. Commines dice de la primera gran aventura invasora, la de Carlos VIII en Italia, que «la condenaba todo francés sabio y razonable». Luis Napoleón fue bien acogido porque se presentó proclamando: «el Imperio es la paz». El pueblo era indiferente a la «vergüenza de 1815». Thiers tuvo popularidad en 1871, porque quería la paz con los alemanes. El más grande hombre de la tercera república, Ferry, fue completamente impopular, porque impuso al país una guerra colonial. El magnífico imperio colonial francés

ha sido construido por la República, a espaldas de sus electores.

Salvo el caso de los dos Bonaparte—aceptados, al comienzo, como pacificadores—, este pueblo francés, de tan vasto renombre militar, jamás ha soportado los militares, ni una casta militar, a la cabeza de su gobierno. La influencia nula que después de 1918 tuvieron los generales vencedores, responde a esta regla. ¿Cómo se ha creado, entonces, en el mundo, el mito de un pueblo francés militarista?

En la construcción de Francia se ha tocado la perfección geométrica, excluyendo toda idea imprecisa o universal. El artículo II de la Constitución de Weimar, que dice: «Podrán ser admitidos en el Reich otros territorios, si su población lo desea», sería absolutamente inconcebible hoy en Francia. La lenta y sabia transformación del Imperio Británico en una «Commonwealth» de naciones independientes, sería para Francia una verdadera tragedia.

No debería olvidarse, antes de formular leyes de orden psicológico, que los intereses vitales de ciertos países no se identifican con su territorio nacional. Goldoni cuenta que un señor inglés, probando desde su góndola, con la punta del dedo el agua del Gran Canal, exclamó: «¡Oh, está salada, luego es inglesa!» Efectivamente, Inglaterra no puede dejar de reconocerse a sí misma en todas las aguas que surcan sus navíos cargados de mercancías. De allí se desprende que, cuando proclama su interés por la prosperidad del mundo entero, su pensamiento generoso ha sufrido una considerable influencia causada por el aguijón de un interés esencialmente británico.

En otro orden de ideas, Italia, privada de minerales y de materias primas, debe—o debería—identificar las exploraciones en busca de su prosperidad

con una realización, cada vez más firme, de las solidaridades internacionales.

Francia es la única nación de Europa que podría aislarse, desde el punto de vista económico, al abrigo de una muralla infranqueable como la que guardó a China durante varios siglos, y bastarse a sí misma. Caso único en Europa, que no tiene paralelo sino en los Estados Unidos, que tienen a su disposición todo un continente.

Pero, mientras los Estados Unidos tienen al Sur vecinos de los que nada pueden temer y al Norte la única frontera del mundo en la que no se ve un fusil—la frontera canadiense—, Francia debe estar continuamente alerta, por todo lo que pasa no sólo en Alemania, sino en Italia y aun en España y Bélgica. Comparadas con Francia, Italia y España son islas de costas tan inaccesibles como las de la Gran Bretaña.

Realmente, y a pesar de los períodos en que los gobiernos de Francia parecen haber tenido por objeto crear apariencias de dominio, conduciendo a su país por un camino equivocado, es preciso desconfiar de las fáciles generalizaciones históricas sobre el militarismo de la Tercera República.

Si hay en Europa un régimen que esté identificado con el ideal de la paz, seguramente es ése.

(De *Síntesis*, México).

De Emil Ludwig

(Viena, noviembre de 1932)

Siempre que un problema suscita discusiones de orden teórico, es porque se trata de un problema del futuro. Las condiciones existentes se combaten o se defienden, rara vez se analizan.

El hecho de que el mundo entero hable, desde hace años, de jefes, demuestra que los jefes le hacen falta. Y esta es una de las grandes debilidades de nuestro tiempo.

Creo poder atribuir este estado de cosas a tres causas principales: primeramente, todo el mundo siente, por instinto, que el desorden universal nos acerca al peligro mortal de la guerra; y hay que recordar que los enfermos amenazados por una crisis llaman siempre al médico de quien esperan milagros. En segundo lugar, se ensayan ahora en los países cuyas fronteras se tocan, tantas formas de gobierno, tantos regímenes, que el mundo pierde poco a poco la confianza en su eficiencia y acaba por volver los ojos hacia un salvador único. Tercera causa, el anonimismo, muy generalizado, de las más importantes disposiciones que rigen la vida de los pueblos. Cuando se advierte que estas disposiciones son estúpidas o perjudiciales, no hay a quien hacer responsable de ellas, porque son siempre comisiones o comités de expertos los que las elaboran y firman, y ni los parlamentos ni los gobiernos pueden pedir cuentas a sus autores.

*

Desde la época en que nuestros abuelos veían en ella la única salvación, la democracia se ha transformado

sensiblemente. Después de cincuenta años de vicisitudes y, sobre todo, después de la grave crisis de la Guerra y de la post-Guerra, hemos dejado de considerarla como la única forma útil de gobierno. Los alemanes, que fueron los últimos en introducir el sistema en su país, parecen estar ya a punto de renunciarla. Esto se debe, talvez, a que prefieren el orden a la libertad. Por otra parte, ¿no fue en Alemania donde nacieron los tres grandes maestros de la dictadura: Marx, el padre del comunismo; Nietzsche, el padre del fascismo; y Hegel, el santo patrono de los dos? Sin embargo, Alemania parece incapaz de producir un dictador efectivo, una personalidad de primera categoría. En ella, como en los Estados Unidos, los verdaderos talentos se absorben en la industria y en la técnica.

No obstante, hay en Alemania jefes de gran mérito entre los demócratas; jefes que no pertenecen a la nobleza, que ha gobernado y vuelve hoy a gobernar en primer término. Tampoco salen del campo de los socialistas, que han disfrutado del poder durante varios años sin ningún resultado. Pertenecen a esa burguesía que desde hace tres siglos ha dado al pueblo alemán sus hombres de mayor fuerza.

Entre los países nuevos, Checoeslovaquia parece el más afortunado con sus gobernantes. Con sus 82 años encima, realiza Masaryk el tipo del jefe excepcional. Si se hubiesen establecido los Estados Unidos de Europa, no se habría encontrado mejor presidente que Masaryk. Y es un gran idealista demócrata.

Cosas Raras Sobre el Perro

Por ALBERT PAYSON TERHUNE

¿Cuándo se ha preocupado usted por saber algo nuevo sobre su perro?

Creo que fue Sir John Lubbock quien dijo que el ladrido de un perro es un esfuerzo que hace este animal por imitar la voz humana. Los perros salvajes nunca ladran, como tampoco lo hacen sus parientes los lobos ni miembro alguno de la familia de los canes que no haya oído hablar a la gente o ladrar a los perros caseros.

Hay una diferencia inmensa entre un ladrido y un gruñido. Cuando un perro ladra arroja la cabeza hacia arriba, dejando la garganta al descubierto. Ese no es un grito de guerra. Pero cuando gruñe, agacha la cabeza, porque un gruñido significa ataque inminente, y la garganta, que es la parte más vulnerable, queda entonces resguardada por la cabeza.

Cuando va usted entrando a una casa y el perro de la familia sale ladrando a encontrarlo, no está usted en peligro; pero si avanza hacia usted gruñendo y con la cabeza gacha, levantando y entiesando la cola como un palo, entonces puede usted estar seguro de que llegará el ataque o, cuando menos, que hay deseos o intenciones de combate. Párese usted erguido, con las manos sobre el pecho, y de diez perros ante los cuales se encuentre usted en esa situación, seguramente no habrá uno solo que lo muerda. Pero si, por el contrario, le hace usted gestos amenazadores al perro o, lo que es peor, si da usted

media vuelta y echa' a correr, las probabilidades que tiene de recibir una o más mordidas son muy grandes.

Entre las absurdas leyendas que se cuentan de los perros, la peor de todas es la del perro rabioso. Ninguno de los perros que se suponen rabiosos lo está en realidad. Es más, un perro rabioso es un perro tan desesperadamente enfermo, que no puede tener fuerzas siquiera para correr tras alguien.

Entre las innumerables teorías tontas acerca de los perros, dos se han conservado a través de los tiempos como signos inequívocos de rabia en esos animales: que un perro que echa espuma por la boca está rabioso, lo mismo que aquel que rehusa beber agua. Las dos son falsas.

Un perro puede echar espuma por la boca o permanecer sin tomar agua por muchas causas, que pueden variar desde una simple indigestión hasta un estado nervioso pasajero. Si un perro se niega a tomar agua, puede haber una causa bien sencilla para su negativa: que no tenga sed.

Hay muchas cosas acerca del hocico de los perros que se ignoran; por ejemplo, que tiene 42 dientes, diez más de los que tiene el hombre, y que ninguno de esos 42 dientes, ni parte alguna de su canal digestivo están hechos para la asimilación de azúcares. El azúcar, en cualquier forma, es decididamente malo para el perro.

También se ignora que la respiración anhelante o fatigosa que tiene el perro con el hocico abierto y la lengua hacia fuera, es una forma de sudar del animal. El perro no suda más que por la boca. Si se le amarra el hocico con un bozal, se le inflige un tormento tan grande como el que experimentaría un hombre a quien en un día caluroso se le taparan todos los poros del cuerpo herméticamente. Si las disposi-

ciones legislativas municipales obligan a amordazar a los perros, hay que hacerlo con uno de esos bozales que les permiten abrir bien el hocico y beber agua cuando les place.

Cuando se pone un espejo frente a un perro, lo más probable es que se mire una vez en él, pero que no vuelva hacerlo. Esto se debe a que sus ojos le están diciendo que hay otro perro frente a él, pero sus narices le aseguran que no hay ninguno. El poder que tiene el perro para percibir y retener los olores constituye en él el más poderoso de sus sentidos; de éstos, su vista es el más débil. Por tanto, cree a su nariz y desconfía de sus ojos cuando se mira al espejo. Un perro puede siempre reconocer a su amo sin dificultad ninguna, aun cuando el amo se disfrace en forma tal que ni sus propios amigos íntimos sean capaces de reconocerlo, porque el perro ha aprendido cuál es el olor especial de su amo.

Se ha dicho siempre que un perro que tiene la nariz húmeda y fría es un perro sano, y que cuando tiene la nariz seca y caliente está enfermo. Sobre el particular debo decir que el perro más sano que he tenido en toda mi vida, un *Sunnybank*, tuvo la nariz caliente y seca durante los dieciséis años de su vigorosa vida. Por otra parte, he visto multitud de perros enfermos, muriéndose casi, que tenían la nariz fría y húmeda. No hay ninguna regla que sirva para determinar el estado de salud de un perro por la temperatura y humedad de su nariz. La mejor forma de saber si un perro está enfermo o no, es verle las encías. Si están pálidas y cetrinas, todas las probabilidades son de que esté enfermo. La mayor parte de los perros sanos tienen las encías rosa brillante.

Otra falsedad es que los perros abren los ojos a los nueve días de nacidos, al grado de que hay mu-

chos amos ignorantes que regalan sus perros pasado ese tiempo, creyendo que son ciegos. Muchas veces no abren los ojos sino hasta los 11 ó 14 días después de que la perra los ha dado a luz.

Pero de todas las teorías tontas sobre los perros, la más absurda es la de que son capaces de diferenciar a la gente buena de la mala. Quién sabe cuántos hombres buenos hayan sido tenidos por malos por mucha gente que ha visto que los perros no los quieren, y cuántos realmente malos sean tenidos por buenos porque tienen un algo que les agrada a los perros y los hace buenos amigos suyos.

Uno de los hombres más buenos que he conocido no pudo lograr nunca que un perro se le acercara como no fuera dando muestras de patente desagrado. En cambio un ladrón que había robado en un asilo de huérfanos, se llegó a mí pidiendo que lo ocultara a fin de no ir a la cárcel. Mis *collies* le hicieron grandes manifestaciones de amistad y regocijo.

En lo personal, creo que todo esto no es más que cuestión de «olor», de algo humanamente profundo, que es agradable o desagradable para el perro; pero, naturalmente, no puedo demostrarlo, puesto que no se trata sino de una mera suposición.

Tampoco puedo probar que los perros tengan su propio lenguaje, aunque nadie duda que deben tener algún medio de comunicarse entre sí sus deseos e impresiones. Creo que lo realizan por medio del roce de sus narices, y en otras formas también. He visto a un perro levantarse del lugar en que estaba echado para ir por toda la pieza rozando su nariz con la de sus compañeros, y entonces salir todos al exterior a corretear o retozar.

Hay un misterio canino que nunca he sido capaz de resolver, y consiste en el maravilloso conocimiento

que tienen los perros sobre algunos asuntos, y su estupidez de idiotas acerca de otros. Por ejemplo: a pesar de que mis perros adoran el calor de la lumbre en los días invernales, y a pesar de que en infinidad de ocasiones me han visto cómo atizo ese fuego echando más y más leña en él, nunca me he encontrado con alguno que tenga el sentido común suficiente para agarrar con el hocico un leño y ponerlo en el fogón que empieza a apagarse. Si se amarra un perro a un palo, empezará a dar vueltas alrededor de él hasta que la cuerda se haya enredado y no le permita libertad mayor de medio metro o, quizá, ni mayor siquiera de una pulgada para moverse. Pues bien, nunca he visto a un perro con la inteligencia rudimentaria suficiente para dar vueltas en sentido contrario, y desenredarse.

En pocas palabras, me maravillo de esa mezcla extravagante de inteligencia e idiotez que se encuentra en la raza canina, porque nunca la he podido comprender.

Yo también he adquirido en los últimos veinte años un poco de experiencia en cuanto a dos razas de perros: los fox-terriers y los llamados perros lobos o perros policías. Hago aquí públicos mis sentimientos de admiración hacia los primeros y de desencanto hacia los segundos. Estos, tan buscados hoy, tienen, a mi juicio, el más grave defecto: son desobedientes.

Maria Elena

Maria Elena